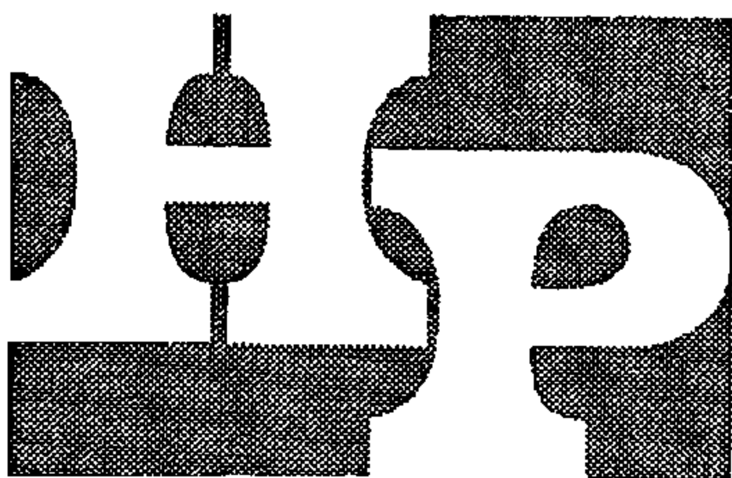
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Silver Kane

UN COLT PARA LA PRINCESA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

UN COLT PARA LA PRINCESA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 77
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 6089-1971

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: abril, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

PRÓLOGO

Uno de los crímenes más extraños que registra la historia policíaca de Estados Unidos en la época de la colonización del Oeste, comenzó a prepararse en Hayden (Colorado) en 1860.

Hayden era entonces poco más que un pequeño villorrio situado a orillas del río Yampa, al norte del territorio. Contaba escasamente con ciento cincuenta habitantes, todos de buena fama.

Al igual que todos los pequeños lugares —y más si éstos estaban situados en las zonas desérticas del Oeste—. Hayden contaba con una «guapa» titular, con una muchacha que tenía fama de ser la más seductora y la más bonita.

Esa muchacha se llamaba Sheila Marión.

Había nacido en el mismo lugar, veinte años atrás, cuando Hayden no era más que una parada en la ruta pedregosa recorrida por las diligencias. Entonces sólo había allí dos casas, en una de las cuales nació Sheila. Quien primero la tuvo en brazos fue un pistolero fugitivo que había ayudado a la madre en la difícil tarea del parto. Esta coincidencia pareció señalar un extraño destino para la muchacha.

Al irse haciendo mayor, Sheila se dio cuenta de que eran muchos los pistoleros que querían tenerla en sus brazos.

Y no todos, desde luego, con la buenas intenciones del que ayudó a su madre.

Pero no conviene extenderse mucho sobre Sheila porque ella sólo marca el principio, los preparativos del crimen. En realidad las cosas importantes sucedieron veinte años después, como veremos más adelante.

Ahora basta con decir que Sheila era una mujer detonante, una mujer de esas que estallan sin necesidad de mecha, y de las que

afortunadamente no hay muchas porque de lo contrario el mundo andaría más desquiciado aún de lo que anda.

El primero que pretendió a Sheila «seriamente» fue uno de los accionistas de las diligencias, un tipo de cuarenta años llamado Barton.

Como Sheila sólo tenía dieciocho escasos, pensó que el tipo aquel no debía haberse enamorado de su carácter ni de sus cualidades espirituales, sino de su cintura, de sus caderas y de todas las demás cosas que están aproximadamente por donde la cintura y las caderas, etcétera, etcétera, etcétera.

Por eso, cuando el tipo aquel le ofreció el anillo de pedida, Sheila dijo que narices.

El segundo pretendiente fue un banquero llamado Simpson, que había pasado por aquel lugar persiguiendo a una bailarina que prometió amarle y se le llevó medio millón de joyas.

Simpson tenía cincuenta años —diez más que el de las diligencias— y al ver a Sheila se olvidó de la bailarina, de las joyas y hasta de su propio apellido. Sólo dijo que la muchacha era lo más «dulce», «sugestivo» y «delicado» que había visto, y se mostró dispuesto a casarse con ella.

Lo malo era que al decir «dulce» miraba las pantorrillas de Sheila, al decir «sugestiva», su busto, y al decir «encantadora», sus caderas. Con lo cual se demostró que el banquero era un fulano mucho menos de fiar que el tipo de las diligencias, y por si eso fuera poco, con mucha más malicia.

Sheila, que entonces ya tenía dieciocho años, dijo a aquel tipo que narices y algo más, que aquí no puede escribirse.

El tercer pretendiente fue el que realmente importa a los efectos de esta historia.

Se llamaba Clark.

Era un jefe de pistoleros a quien todos suponían un hombre honesto. Había «trabajado» en Oklahoma. Arkansas, Nevada, Idaho y California. Tenía la cabeza puesta precio, pero eso, en el norte de Colorado, no se sabía aún. Además, eso no fue lo peor.

Lo peor era que el tipo tenía una joroba capaz de dar envidia a un camello.

Aquel defecto le había dado muchos disgustos con las mujeres, porque éstas se negaban a tomarle en serio. Sólo se daban cuenta de

que Clark era un tipo realmente importante cuando, en venganza, las enviaba al otro mundo de un balazo en la cabeza.

Sheila no sabía eso.

Es probable que, de saberlo, hubiese obrado de otro modo, pero lo cierto es que no lo sabía.

Cuando Clark le dijo que la amaba, y que era la muchacha más «dulce», «sugestiva» y «encantadora» que había visto, Sheila no se entretuvo mucho y lo envió al infierno.

Ahí Sheila, entonces, tenía veinte años.

Veinte hermosos y rozagantes años que eran la envidia de todos los hombres del norte de Colorado.

Pero no llegó a cumplir veintiuno.

Bueno, con esto hemos llegado a lo más importante, al crimen que se preparó en Hayden (Colorado) en 1860.

Porque cuando Clark supo que Sheila le despreciaba definitivamente y además estaba en relaciones con un honrado conductor de manadas llamado Tucson, resolvió que ninguno de los dos viviría.

Pero no empleó el procedimiento que había empleado otras veces, o sea el balazo en la cabeza.

No.

Esta vez se preparó algo mucho más «sonoro».

Supo que la boda iba a celebrarse en una determinada habitación de la casa de la novia, precisamente la habitación en que bastantes años antes había muerto su madre.

Supo también que durante la ceremonia se encendería una gruesa vela que la madre de Sheila, antes de morir, adornó con sus propias manos para cuando se casara su hija.

Supo también que esa vela siempre estaba situada sobre una pesada cómoda que era el mueble principal de la estancia.

Y entonces hizo algo muy complicado y al mismo tiempo espantosamente sencillo.

Primero penetró una noche antes de la ceremonia en la habitación donde ésta había de celebrarse.

Segundo, colocó treinta cartuchos de pólvora en uno de los cajones de la cómoda, bien disimulados debajo de viejas ropas que no se sacaban nunca.

Tercero colocó una mecha que pasaba por detrás del mueble, se

disimulaba bajo los encajes que adornaban la cubierta de éste y se conectaba a la parte inferior de la mecha de la vela.

Esa mecha de la vela era lenta, naturalmente, pero el resto era de mecha fulminante, que ardía en pocos segundos, de modo que una vez consumida la vela, nadie podría evitar la tragedia.

Y la vela se consumiría totalmente, porque ése había sido el deseo de la difunta.

Sheila misma se lo había confesado.

De modo que una hora antes de que la muchacha contrajera matrimonio, todo estaba preparado para su entierro. Clark era un tipo amable, generoso y listo.

Lo malo fue que uno de los invitados a la boda era el *sheriff* de Tuba City, el cual ya había oído hablar de Clark.

En cuanto llegó a la ciudad y le puso los ojos encima, lo primero que pensó fue regalar una corbata de cáñamo a aquel tipo.

Desenfundó su revólver y dijo a Clark:

—¿Quieres que te rellene de plomo o prefieres que te cuelgue como a una res antes de desollarla?

Esto se lo dijo desde la calle, mientras Clark estaba parapetado tras la ventana de su hotel.

Como no le gustó ninguna de las dos perspectivas, hizo fuego contra el *sheriff*.

Logró herirle.

Luego, mientras el *sheriff* era atendido y empezaba a gritar que él lo único que necesitaba era patear la cabeza de Clark, fue al lugar donde iba a celebrarse la boda.

Se apostó en una esquina estratégica e hizo fuego a traición contra Sheila y su prometido, cuando éstos unidos por la mano, iban a entrar en la casa donde se celebraría la boda.

Alcanzó a Sheila en la nuca y al novio en el centro del corazón.

Clark aún tuvo tiempo para ir a un lugar donde vendían bebidas, engullir media botella de *whisky* y obligar a culatazos a la hija del dueño a que bailara con él.

Hecho esto, desapareció de Hayden.

Sabía que ahora, si lo capturaban, no se limitarían a colgarle, sino que serían capaces de quemarle vivo.

Pudo llegar a Canadá exactamente el 11 de febrero de 1861.

Para entonces, el padre de Sheila había hecho ya muchas visitas

a la tumba de su hija. Y había mandado cerrar a cal y canto la habitación donde ésta debió haberse casado, sin encender la vela, sin rozar una cortina ni tocar un mueble.

Todo quedó igual.

La vela, la mecha… y los treinta cartuchos.

Nadie volvió a penetrar en aquella habitación, donde imperaban la oscuridad y el silencio.

El padre de Sheila murió, y la casa fue quedando en ruinas al no habitar nadie en ella, pero la habitación siguió intacta.

Y pasaron veinte años…

Transcurrido ese tiempo, en 1880, alguien se dirigió a Hayden, aunque entonces no sabía que sus aventuras iban a llevarlo hasta allí.

¿Quién era?

Para saberlo, no hay que tomarse otro trabajo que el de pasar esta página.

Y perdone el lector si la habitación con la vela y sus tristes recuerdos queda como olvidada de momento. Las explosiones, cuanto más tarden, mejor…

¡Ah! Y si le regalan a usted una vieja cómoda, amigo lector, no la acepte sin mirar antes todos los cajones.

CAPÍTULO PRIMERO

Quizás algunos lectores, hojeando viejas historias del Oeste, hayan oído algo sobre Barry Sheldon. Quizás este nombre les sea familiar aún, yo quisiera hoy hablaros de él. Y empezaré diciéndoos que durante varios años, Barry Sheldon fue el fanfarrón más grande que ha pisado el territorio de Estados Unidos.

La madre de Barry murió en Albuquerque cuando él sólo contaba quince años.

Barry se estableció en esta ciudad porque no tenía dinero ni casi energías para ir a ningún sitio. La guerra civil había empujado tiempo atrás a toda clase de indeseables y bandoleros hacia el Oeste, y las viejas ciudades españolas del sudoeste se habían convertido en un infierno. Docenas de bandidos ya famosos asaltaban las diligencias, los bancos e incluso los más veloces trenes. El más distinguido de ellos era Jesse James, quien junto con su hermano, asaltaba todo aquello que contuviese oro, aunque lo custodiaran cien soldados. Barry abrió sus ojos a la verdadera vida cuando hombres de ese tipo eran aclamados públicamente como maestros y campeones. Se decía que Jesse James robaba a los ricos para proteger a los pobres, y como Barry era todavía muy joven para saber que eso se dice de casi todos los bandidos famosos, lo creyó.

No sólo Jesse James exaltó su imaginación, sino también Sam Bass, que actuaba más al este y era llamado el Robin Hood de Texas. Sam tenía fama de «buen chico descarriado» y, al fin, lo traicionaron sus secuaces. Por las cercanías de Dakota del Sur actuaba James Butler, Wild Bill, de quien se decía que era el pistolero más guapo y galante de Estados Unidos. Por esta época, en 1876, un jugador de ventaja le asesinó por la espalda en una

taberna de Deadwood.

El trágico fin que todos estos hombres iban teniendo no impresionó en absoluto a Barry. También morían a docenas los *sheriffs* y los alguaciles y nadie se acordaba de ellos.

Ser famoso, caer atravesado de un tiro por la espalda y tener tiempo de volverse para cercenar la cabeza del traidor, eso era lo bueno y deseable para Barry Sheldon. Su mirada tenía ahora siempre un reflejo gris, sus cabellos se habían oscurecido un poco, y era muy guapo. A los dieciocho años no le perseguían las viejas para besarle, sino las jóvenes. Pero Barry no les prestaba atención, porque su ideal era ser un hombre temido, un hombre capaz de defender a cualquier mujer que se viera asediada. Cuando se enteró de que Bonney, ahora ya Billy *el Niño*, actuaba al frente de una nutrida banda, estuvo a punto de salir de la ciudad para unirse a él, porque a quien más admiraba Barry era a Billy *el Niño*, quien según se decía se convirtió en un proscrito por defender el honor de su madre.

A los diecinueve años, Barry entró a trabajar en el rancho de míster Sturges, como sustituto del viejo Bass.

El viejo Bass sólo sabía hacer una cosa: jugar con trampas. A lo largo de los años había perdido su rancho, sus revólveres y su honra. También había ganado mucho dinero, pero lo gastaba enseguida. Cuando trabajaba como contable en Rancho Sturges perdió también ocho mil dólares del dueño, éste lo envió al diablo y contrató al joven Barry para sustituirle.

—¿De modo que tú eres el que me ha quitado el puesto? —le espetó un día Bass al encontrarle por la calle—. ¡Hum! ¡No duraras mucho en él porque tienes pinta de granuja! Oye, ¿hacemos un trato?

—Usted dirá, señor —quitándose el sombrero, pues él siempre había querido parecer un caballero, aunque no lo fuese.

—Mira, yo te enseño a jugar y tú arruinas a Sturges. A él también le gusta echar una partidita de vez en cuando, ¡qué diantre!, aunque no lo diga a su mujer ni a su hija. Vamos a un sitio que yo sé y te daré la lección primera.

Bueno, la lección primera le costó al viejo Bass cosa de trescientos dólares, que fue todo lo que le dieron por su reloj de oro, sus espuelas de plata, sus nuevos revólveres con cachas de

marfil y su dentadura.

—Eres un granuja. ¡Eso, un granuja! De modo que no habías jugado nunca al póquer, ¿eh? ¿De modo que no te habías apartado nunca de las faldas de tu mamá? Si no me hubieses ganado también los revólveres ahora mismo te clavaría una bala entre las cejas. ¡Reírse del viejo Bass! ¡Reírse del tramposo más grande que hasta ahora había pisado los suelos de Nuevo México!

—Le devolveré su dentadura, señor —dijo cortésmente Barry—. He querido probármela, pero no me va bien ya que estaba hecha para las dimensiones de su enorme bocaza. Además, creo que tengo dientes naturales para muchos años. También le devolveré sus espuelas de plata y su reloj. Todo esto puedo rescatarlo fácilmente de las manos del prestamista. Pero me quedaré con sus revólveres.

—¿Mis revólveres? ¡Uf! No sabías manejarlos.

Barry extrajo un viejo *Colt* que había comprado con unos ahorros y empezó a disparar. Dijo «perdón, milord» o «perdón, *milady*» cada vez que dejaba coja una silla de un balazo, según fuese el que se sentara encima. En total, seis balas y pidió perdón seis veces.

—¡Hum! Estoy dispuesto a reconocer que eres un buen cachorro —tartamudeó Bass cuando el color le hubo vuelto a la cara—. Estoy dispuesto a reconocer que podías haber sido un digno discípulo mío. Pero aún te queda mucho por aprender. A ver, déjame tu revólver y fíjate en mí. ¿Ves el vaso que aquel tipo se dispone a llevarse a la boca? ¡Pues espera!

Bass apuntó, gritó «perdón, milord» con voz estentórea e hizo fuego. En vez del vaso dio al sombrero del tipo, que saltó por los aires. Y cuando vio que el provocado echaba mano a un revólver lleno de muescas, el avispado Bass optó por la huida. Barry tuvo que seguirle con el honrado propósito de que pudiera recuperar la dentadura.

Sturges empezó a notar que su nuevo empleado, además de conocer al dedillo la rudimentaria contabilidad necesaria para administrar un rancho, era un prodigio en cuanto a modales y a buena educación. Y un día le llamó al despacho.

—Barry, está a punto de cumplir veinte años —le dijo solemnemente.

—Sí, señor. Y elevo mis rezos para que usía me vea cumplir

setenta, estando siempre a su servicio y a su entera disposición.

—¡Así es como hablaría un *gentleman*, qué diablos! —Y Sturges se infló—: Yo tengo una hija a la que todavía no has llegado a conocer porque está estudiando en el Este. Se llama Isabel, y tiene justamente tu edad, Barry.

—Habiendo nacido en tan selecta cuna, será un dechado de perfecciones y de virtud. Ardo en deseos de conocerla.

—Por eso te he llamado, Barry. Hoy llega a Albuquerque y quiero que sea a ti al primero a quien conozca.

Barry se sorprendió primero y se ilusionó después. La verdad es que desde que llegó a Albuquerque no había tenido necesidad de demostrar su exquisita educación. Y ahora, francamente, no tenía escrúpulos en desear a una esposa que fuese rica. El hecho de que Sturges se hubiese fijado en él le llenó de esperanzas.

—Mi hija Isabel ya tiene edad para pensar en casarse —comentó el patrón.

—Claro, claro… —Las esperanzas de Barry subían como la espuma en una jarra de cerveza—. Casi veinte años…

—Sí, por supuesto. Y como además del hombre más educado, eres el más fuerte del rancho, quiero que seas tú quien vaya a recibirla.

—Muy honrado, milord… —tartamudeó Barry mientras brillaban de emoción sus ojos.

—¡Quiero que seas tú, porque eres el único capaz de transportar de una vez todas las maletas! —rió sonoramente Sturges, quien de vez en cuando le gustaba gastar estas bromas un poco sangrientas —. ¡Y porque para cochero tienes bastante educación! ¡Qué diablos!

Barry fue aquel día a la parada de la diligencia con un humor de perros y con la intención concreta de dejar caer un par de maletas sobre los pies de Isabel. La verdad era que si la niña se parecía a Sturges, estaban aviados en el rancho.

Pero la niña no se parecía a Sturges. Era la cosa más poética, más dulce, más deseable que Barry había visto jamás. Tenía los cabellos castaños y la mirada firme y al mismo tiempo como perdida en una ensoñadora lejanía. Llevaba un primoroso vestido blanco que indicaba dos cosas: o que le venía estrecho o que la niña estaba muy, pero muy desarrollada de busto. El vestido se le ceñía a las caderas y mostraba las puntas de unos zapatitos de charol que

daban risa de tan pequeños. Y lo más sorprendente de aquella mujer era que, teniendo tantos atractivos como para hundir el escenario de un *saloon*, no despertaba ningún sentimiento prohibido. Su mirada más bien hacía pensar en una dulce tarde junto a un lago. Y Barry, que conservaba cierta inclinación hacia las cosas poéticas, se quedó sin habla pensando en el lago y en la chica.

—Usted debe de ser empleado del Rancho Sturges —dijo la muchacha dirigiéndose a él—. Veo que lleva la inicial bordada en el chaleco.

—Sí, así es, *mademoiselle*. Me honro siendo contable del rancho de su ilustre padre. Porque supongo que usted es Isabel Sturges…

—La misma. Muy complacida en conocerle, míster…

—Barry. Barry Sheldon. En el rancho y fuera de él estaré a su disposición para lo que quiera de mí.

La chica no era como su padre. Quiso ayudar a Barry a descargar las maletas y mientras él las colocaba sobre el coche, le comenzó a decir que en el Este todos los estudiantes se consideraban compañeros, se trataban con gran confianza y se ayudaban mutuamente, sin que el sexo tuviera la menor importancia en sus relaciones. Le pidió también que la considerara como a una amiga y no como la heredera del rancho. Al fin y al cabo, ella no había hecho ningún mérito para llegar a ser una Sturges.

Harry iba a su lado como el que se ha encontrado en el campo una estrella recién caída del cielo y quisiera enseñarla a todo el mundo. Erguido, majestuoso, rompió a hablar de él, de que había tenido ilustres antepasados, en San Luis, que su padre, un rico mercader del Mississippi, murió al intentar repeler la agresión de unos salteadores y de que su madre pereció también en el majestuoso incendio de la magnífica casa que ambos tenían a orillas del río. Quedó arruinado, pero aún conservaba restos y vestigios de su pasada grandeza, como eran un reloj y unas estupendas espuelas de plata que más adelante le enseñaría.

«En cuanto agarre a Bass se las hago soltar», se dijo para sus adentros.

Naturalmente, todo eran mentiras, porque Barry no había conocido a su padre y en cuanto a su madre, se ganaba la vida fregando suelos en un *saloon*.

No fue esto, sin embargo, lo que más le hizo merecer a los ojos

de Isabel. La ocasión de demostrar que valía más que todo aquel dinero de que alardeaba se le presentó a los diez minutos de camino, antes de salir de Albuquerque.

Isabel vio un escaparate donde se amontonaban recuerdos mexicanos e indios, y se lo mostró a Barry.

—¡Oh, son preciosos! Quisiera comprarme uno. ¿Puedes detenerte aquí?

—¿Cómo no? A sus órdenes.

Entraron en el almacén e Isabel se enamoró de una manta mexicana donde se mezclaban al menos trescientos tonos de color. Barry, que estaba casi sin blanca, gastó todo lo que llevaba encima para obsequiar a la muchacha.

Al salir de allí encontraron a Holmes.

Holmes quería ser una especie de sustituto de Wild Bill, es decir, el pistolero más guapo y galante de Estados Unidos. Pero como tenía ojos de ratón, no lograba conquistar a las mujeres. Y en cuanto a matar, prefería hacerlo por la espalda. Por lo tanto, la cosa se quedaba en simple deseo. Su único éxito amoroso consistía en mantener relaciones con la hija de un sastre, vieja y fea, que le vestía gratuitamente. Pero aquella mañana había herido ya a un tipo que pretendía robarle el caballo y se creía en plena forma. Al ver a Isabel, las manos se le fueron hacia la cara de la muchacha con la misma rapidez que si pretendiera cazar un pájaro.

—¡Guapa! ¡Preciosa! ¿Buscas marido en la ciudad?

Barry esbozó una mueca de aburrimiento.

—Lárgate, Holmes. Esto no es para ti.

El pistolero sonrió socarronamente.

—¡Pero si es Barry Sheldon, el fino, el barón de San Luis, duque de Missouri, marqués de Mississippi, maletero de Rancho Sturges!

Barry sintió que las manos se le iban hacia los revólveres de cachas de marfil.

—¡He dicho que se largue, milord!

—¡Ujú! ¡Qué lengua! ¡Qué elegancia y esbeltez en sus movimientos! ¡Qué delicia para el espíritu…! ¡Buuuaaa…! ¡Cerdo, gallina, bandido, felón, canalla, mantenido, guarro…! ¿Qué te parece todo esto? ¡Así habla Holmes! ¡Holmes, que se llevará a la chica! ¡Y si no te gusta, demuéstramelo con el revólver!

—¡Con los revólveres, milord!

Isabel trató de interponerse entre los dos.

—Barry, por favor…

—No se inquiete, *mademoiselle*. Atenderé al caballero enseguida.

Holmes era unos cinco años mayor que Barry, y tenía o creía tener, más experiencia en todos los campos, como por ejemplo en el manejo de las armas. Se rió al advertir la actitud que adoptaba Barry.

Éste se inclinó señalando cortésmente el centro de la calle.

—Por aquí, milord…

Se alejaron del porche y pasaron al centro de la calzada. Más de treinta personas habían sido testigos de la disputa oral y ahora se aprestaban a serlo en el terreno de la práctica. Isabel, pálida, estaba apoyada en una de las columnas del porche, preguntándose a qué clase de tierra acababa de volver. Antes de marchar al Este no había salido de los límites de Rancho Sturges, y por eso ignoraba qué clase de selecta civilización imperaba en Nuevo México. Ahora se daba cuenta de que tal vez no podría vivir en esta tierra.

Holmes y Barry empezaron a separarse.

—¿A veinte pasos, señor príncipe de los Apalaches?

—Sus deseos son órdenes para mí, milord. A veinte pasos.

Comenzaron a retroceder, entre un silencio impresionante de los espectadores. Ocho pasos cada uno, nueve… Ambos llevaban dos revólveres y los brazos caídos e inertes a lo largo de las caderas. ¡Diez! Sacaron ambos a la vez y sonaron sólo dos detonaciones. Los dos revólveres de Barry habían disparado antes, saliendo de sus fundas con una velocidad alucinante. Holmes vio con infinito pasmo cómo sus dos armas saltaban igual que insectos sin que a él le pasara nada en sus manos, salvo la sensación de que las había acercado a una llama.

—Olvidé decirle que yo también soy, además de los títulos que tan generosamente me ha otorgado, un pasable *gun-man*. ¿Desea alguna nueva demostración, caballero?

Holmes dijo que no, que con aquello tenía bastante.

—¡Pues lárgate pronto con la hija del sastre, pistolero de mantequilla!

El tirador más guapo y galante de Estados Unidos salió de allí como un jinete del *Pony Express*. Barry ayudó a Isabel a subir al

carruaje.

—No debe inquietarse por estas pequeñeces. Peleas así son frecuentes en la ciudad. Unas acaban bien y otras mal. Ya lo comprobará.

Y emprendieron de nuevo el camino de Rancho Sturges. Isabel no hizo preguntas, pero miró a Barry desde aquel momento con un respetuoso temor.

Las cosas, desde entonces, fueron mucho mejor en Rancho Sturges. El patrón le dio las gracias y le dijo que él sería siempre el encargado de acompañar a su hija. Naturalmente, y para no desmentir sus anteriores palabras, Barry tuvo que ir en busca del viejo Bass para reclamarle el reloj de oro y las espuelas de plata.

—¡No eres más que un tramposo, Barry! ¡Despojar así a un viejo de sus últimas riquezas! ¡Dejar sin blanca a un pobre hombre incapaz de ganarse la vida!

—Bass, no es usted más que un carcamal, aunque el respeto que le debo me obliga a disfrazar mis pensamientos insinuándole que tal vez no vea las cosas con la claridad que es norma en su privilegiada inteligencia. Yo sólo quiero estos objetos para lucirlos una breve temporada. Luego se los devolveré a usted y diré a todo el mundo que los he perdido.

—Está bien, pero no me fío. ¡Te pareces demasiado a mí! ¡Fírmame un recibo!

Barry le firmó un papel acreditando haber recibido de Bass unas cinchas de caballo. Como el otro no sabía leer, lo olió, lo dobló cuidadosamente y lo guardó en su bolsa de tabaco.

—¡Ten cuidado, no vayas a fumártelo! ¡Entonces sí que no te devuelvo lo que dice ahí!

Adornado con aquellas espuelas y luciendo su reloj de oro, Barry llegó a hacer creer a Isabel que, en efecto, era el último vástago de una rancia familia venida a menos. Pero no engañó a Sturges.

—Como me entere de que cortejas a mi hija, te hago vender en la próxima feria de ganado.

—Sus sospechas son meras ilusiones, señor. ¿Cómo iba a poner los ojos yo en tal alta e inasequible figura?

En realidad, Barry empleaba aquella táctica, y todos lo notaban menos Isabel. Deseaba ardientemente casarse con una mujer tan rica y llegar a ser el dueño de Rancho Sturges o de alguno mejor, si

era posible. Pero por el momento, Isabel era lo más apetecible a que podía aspirar. Tenía juventud, belleza y fortuna. Una vez consiguiera estas tres cosas mediante el ventajoso matrimonio, se trasladaría a San Luis y allí viviría como un patriarca de las rentas del rancho.

Leería a los clásicos y aprendería a jugar al criquet, como la gente de la buena sociedad. Esperando alcanzar estos halagüeños resultados, Barry no sentía el menor escrúpulo moral en ir enamorando poco a poco a la muchacha, mientras esperaba que la cosa estuviese bien madura para la declaración.

Pero sus sentimientos y su situación cambiaron.

Cambiaron a partir del momento en que una tarde, fue la misma Isabel la que se le declaró a él.

Caso que Barry no esperaba.

Y aquí sí que se complicaron las cosas para Barry Sheldon, el fanfarrón y el embustero más grande de todo el oeste de Estados Unidos.

CAPÍTULO II

Barry Sheldon, al llegar a los veinte años, había descubierto que sus ilusiones no eran las mismas que a los quince, cuando murió su madre. En aquella época, que ya le parecía fabulosamente lejana, Barry había considerado hermoso ser un tipo como Billy *el Niño*, capaz de asaltar un tren en marcha y de cercenar la cabeza al que insultase a una mujer, o matar a tres hombres de tres disparos, aunque luego le asesinasen por la espalda. Pocos años le habían bastado para aprender, después de esto, que el dinero consigue más que los revólveres, y que un tipo como Sturges podía hacer más bien y más mal que toda la banda de Bonney (auténtico nombre de Billy *el Niño*), y aun que la de Jesse James. De modo que Barry se inclinó decididamente por el dinero y vio el modo fácil de conseguirlo en la encantadora y rutilante Isabel.

Sin embargo, aquella tarde, cuando ella le dijo que le quería, sintió como si volviese a los ideales de sus quince años y se dio cuenta de que la actitud no era ni noble ni lícita, que no era justo comprometer a aquella muchacha a un matrimonio desventajoso, sobre todo no estando realmente enamorado de ella. La cosa comenzó así. Se sentaron juntos a la orilla del riachuelo que pasaba por las cercanías del rancho e Isabel le estampó un beso en la mejilla, sin que entre ambos mediara palabra.

—*Miss* Sturges, éste es un obsequio que agradezco, pero…

—Basta de educación, Barry. ¿Cuándo vamos a tratarnos como verdaderos camaradas? Más que eso, como dos seres que se aprecian. ¿Acaso no has notado que yo…?

Barry no dijo nada. Se limitó a esperar sintiendo que cada una de aquellas palabras le producía inesperadamente una punzada en el corazón.

—¿No has visto que tu compañía es lo único que deseo? Deberías haberte dado cuenta, Barry, de que desde que volví al rancho no he apartado los ojos de ti. Deberías haberte dado cuenta de que estoy enamorada. De que te quiero como una loca…

Barry cerró un momento los ojos. No había esperado aquello, ni se había atrevido a suponer que las cosas fueran tan fáciles para él. He aquí que la misma Isabel se lo ofrecía todo en bandeja, le entregaba su corazón y su vida, y junto con ambas cosas la fortuna de su padre. Y fue precisamente en este momento cuando Barry se dio cuenta de que su ambición no era más que una capa superficial donde escondía sus verdaderos sentimientos, su auténtico ser. Había sido tan pobre, había vivido tan mal hasta entonces, que no tenía nada de particular que amase la riqueza por encima de todo. Pero le bastaba tenerla al alcance de la mano para darse cuenta de que era algo vacuo, insignificante. En ese momento, por ejemplo, se dio cuenta de que los ojos de Isabel valían más que todo el dinero de los Sturges, y se preguntó si realmente no estaría enamorándose de la muchacha.

—Nuestra posición social es muy distinta, Isabel —arguyo, y en aquel momento habló con sinceridad.

—¿Qué importa eso, Barry? En esta tierra los hombres no se miden por su fortuna, sino por lo que llevan dentro. Y tú llevas dentro mucho y bueno. Lo demostraste ante aquel pistolero llamado Holmes y lo he advertido en muchos detalles de tu vida cotidiana. Estoy enamorada de ti, Barry. Debemos unir nuestras vidas.

Sin que ninguno de ambos supiera cómo, se encontraron abrazados fuertemente y besándose en la boca. Era la primera vez que alguien besaba a Isabel. La muchacha quedó sin respiración, anhelante, mirándole con ojos extraviados.

Aquella noche, Barry no pudo dormir. Se daba cuenta de que algo marchaba mal en su vida, y que verdaderamente no era de esos tipos que se resignan a ser mantenidos por una mujer, aunque ésta los mantenga a gusto. Todo el entusiasmo que antaño sintiera por la aventura, por la acción violenta, renació en él. Isabel tenía razón; allí los hombres contaban por lo que llevaban dentro. Y se dijo que siendo joven y fuerte, teniendo una endiablada puntería y una mágica habilidad para manejar los naipes, no le iba a ser difícil ganar dinero y colocarse a una altura decorosa para aceptar el amor

de Isabel. En su situación actual no debía hacer caso de las palabras de la muchacha. Y la renuncia a sus ambiciones fue tanto o más meritoria en Barry por cuanto ahora, para verlas realizadas, le bastaba con seguir la corriente y alentar el amor que, casi sin proponérselo, había despertado en el puro corazón de Isabel.

Antes de amanecer ensilló su caballo y salió de Rancho Sturges, en dirección a Albuquerque.

Sabía dónde encontrar al viejo Bass. Desde que estaba sin blanca y sin empleo, el ex contable de Rancho Sturges dormía en un cobertizo que antaño sirviera para encerrar el ganado, y allí maldecía horas y horas su perra suerte. Barry lo encontró, pero al mismo tiempo tuvo una sorpresa. Junto a él estaba el pistolero Holmes.

—Le veo muy derrotado, milord. ¿Es que la hija del sastre ya no le da dinero?

—¡Hum! ¿Qué quiere usted, príncipe de Gales? ¿Viene a cobrarnos el alquiler de este palacio?

Barry se quitó calmosamente los guantes y se acarició el borde de su sombrero, impecablemente blanco.

—Veo que milord lleva nuevos revólveres. ¿Ha encontrado quien se los vendiera a plazos?

Holmes se puso en pie.

—El hecho de que me derrotaras una vez, mocoso, no significa nada. Da gracias a Dios de que está aquí el viejo Bass, porque si no…

—No comprendo cómo este hombre puede dormir junto a un pistolero tan temible e importante como tú. En fin, vamos al grano, ¿quieres formar sociedad conmigo, Bass?

El viejo se puso en pie de un salto.

—¿Quéeeeeee?

—Le he preguntado si quiere hacer sociedad conmigo. Voy a despedirme del Rancho Sturges.

—Bueno, es que… —Bass empezó a rascarse la nuca—. La verdad es que no sé para qué puedo serte útil…

—Organizaremos partidas de póquer en Nuevo México y los estados vecinos. Usted y yo actuaremos siempre en combinación. Estoy seguro de que podemos ganar mucho dinero en poco tiempo. Me han dicho que en Nevada, por ejemplo, concretamente en

Carson City, hay quien pierde y gana veinte mil dólares en una sola noche.

—¡Hum! Sí, claro. Supón que los ganamos, pero y si los perdemos. ¿Quién pone el capital para empezar?

—Yo no tengo apenas dinero, pero solicitaré un préstamo a Sturges. Al principio jugaremos partidas poco importantes. Luego, cuando nuestro caudal aumente, arriesgaremos más. Mire, Bass; si usted y yo actuamos de acuerdo, sin que nadie lo sepa, desvalijaremos al mismísimo secretario del tesoro. Sólo hace falta que no se emborrache y que actúe siempre ateniéndose a lo que yo le diga.

—Jo, jo… —rió Holmes—. Menudo par de tipos… ¿A quién creéis que vais a desplumar, nenes?

Barry se volvió hacía él y le miró detenidamente de izquierda a derecha y de arriba abajo, mientras acariciaba sus guantes. Holmes se encogió un poco, temeroso de que tanta contemplación fuera a acabar con un balazo entre los ojos.

—Señor Holmes —dijo Barry, haciendo una especie de reverencia—, tengo un gran honor al admitirle como socio en nuestra compañía, en calidad de agente ejecutivo de la misma.

El aludido se quedó sin respiración.

—¿Qué dice?

—Que Bass y yo le incorporaremos a nuestra sociedad, mediante la aportación, claro está, de cuanto en este momento lleve encima.

—¡Pero si yo sólo tengo cinco dólares!

—Excelente capital para iniciar nuestro negocio. Tenga la bondad de depositarlos en las tiernas manos de Bass, quien le facilitará de palabra el recibo correspondiente. Descansen durante todo el día de mañana y al siguiente estén listos para partir apenas amanezca. Nos dirigiremos en primer lugar a Santa Fe, y luego allí dónde olfateemos buenas ganancias. Que terminen de pasar una feliz noche en este excelente hotel, caballeros.

Y salió de aquella cuadra para dirigirse al rancho de Sturges.

Allí las explicaciones con Isabel fueron más difíciles de lo que había pensado.

—Esto es absurdo, Barry. ¡Tú no puedes marcharte del rancho! ¡No puedes dejarme ahora! —exclamó ella.

La voz de Isabel era ansiosa, y sus ojos expresaban una absoluta

incredulidad. Sus manos suaves y finas apretaban los brazos del hombre con una extraña fuerza.

—Es lo más sensato que he pensado en mi vida, Isabel. Si ahora habláramos a tu padre de casarnos, seguro que los disgustos se sucederían unos a otros con rapidez y que la felicidad de que ahora disfrutas se vería seriamente alterada. Creo lo más razonable que yo me aleje un año de aquí, tal vez dieciocho meses. En este tiempo espero haber reunido dinero suficiente para que mis pretensiones no parezcan ridículas a tu padre Es nuestro derecho a la felicidad lo que con esta ausencia yo pretendo ganar, Isabel. Tratar de unirnos en las condiciones actuales sería una locura; tú serías la primera en reconocerlo.

—¡Pero, Barry, yo te quiero! ¿No son razón y argumentos suficientes?

—No lo es, Isabel. Al menos las personas con las que debemos convivir no lo considerarían así. Y pese a mi juventud, he vivido lo suficiente para saber hasta dónde puede llegar la despreocupación de un hombre. Mañana mismo partiré, pero te juro que no estaré fuera más allá de dieciocho meses.

—No podré resistirlo… —susurró Isabel.

—No te preocupes. Las mujeres lo resistís todo.

Dijo aquella frase cínica para disminuir la tensión que se iba creando entre los dos.

Pero Isabel no la oyó o no la quiso oír. Como una loca se abrazó a él gimiendo y sollozando, y besó los labios del hombre rabiosamente hasta que los suyos le hicieron daño. Barry, que había considerado hasta entonces el amor como una cosa mecánica y poco importante, una cosa que daba bandazos a merced de las circunstancias, comprendió entonces que algo muy fuerte, casi angustioso, nacía en él, y se dio cuenta de lo intenso que era su sacrificio al separarse de la muchacha.

—No obstante, es necesario —dijo en voz baja como para sí mismo—. Honradamente no queda otro camino.

Y la besó él a su vez.

Sus labios estuvieron unidos hasta que ambos se dieron cuenta de que estaban haciendo más difíciles las cosas.

Entonces Barry se separó acariciando una mejilla de la muchacha, y ésta cerró los ojos donde empezaba ya a nacer un

suave y a la vez amargo llanto.

Ésa fue la primera vez hasta aquel momento que Barry Sheldon no dijo una mentira.

CAPÍTULO III

Barry Sheldon había calculado que Santa Fe sería una buena plaza. Pero al llegar a ella se encontró con la desagradable sorpresa de que otros habían pensado lo mismo, convirtiendo aquello en una inmensa timba donde el que desplumaba hoy era desplumado mañana, hasta que no le quedaba ni por perder los botones de su chaleco.

—Ya lo decía yo, príncipe de Gales —sentenció Holmes—. Usted entiende de juego lo que yo sé coser enaguas. Aquí no ganaremos ni medio dólar.

Pero el pesimismo de Holmes era exagerado. Barry Sheldon, en realidad, componía un tipo de jugador completamente desacostumbrado en la comarca. El tahúr profesional solía ser servicial e incluso amanerado, pero su falta de educación se veía como un roto en una manga. Sólo servía para desplumar a rancheros incultos y a ganaderos que venían de las montañas. Barry, en cambio, estaba capacitado para alternar con personas respetables, que se sentían a gusto con él, y elogiaban su conversación y su trato. Como además no mostraba excesivo entusiasmo por jugar y dejaba que las partidas las organizasen los otros, sus golpes siempre eran más certeros y provechosos que los de cualquier tahúr. Ganó en una semana más de ocho mil dólares, deducidos gastos de hospedaje suyos y de sus compañeros. Además hizo buenas amistades entre la sociedad de Santa Fe, ante la que solía presentarse como un armador de San Luis, que realizaba un viaje de placer por el Oeste. Se dio cuenta que de no haber estado realmente enamorado de Isabel hubiera tenido excelentes oportunidades en la ciudad para hacer una buena boda. Era lo suficientemente guapo y simpático para que las mujeres se le

rindiesen, y lo suficientemente educado y culto para que no se le cerrase ninguna puerta.

El primero que le ofreció nada menos que un matrimonio fue Holbert, uno de los traficantes de pieles más ricos de todo el sudoeste.

—Yo tengo una hija —empezó a decir cierto día a Barry tal como en otro tiempo hiciera Sturges—, y me gustaría verla casada con un hombre elegante, culto y rico como usted. Llegará del Este dentro de un par de semanas, ¿quiere conocerla?

Barry Sheldon esbozó una media sonrisa que no comprometía a nada.

—Es extraño lo que me ocurre. Las personas mayores y de mayor experiencia son las que mayormente suelen confiar en mí. Algo semejante a lo que está ocurriendo ahora entre nosotros sucedió hace poco tiempo con Sturges, uno de los rancheros más ricos de Albuquerque… ¿Lo conoce usted?

—Lo he oído nombrar. ¿También le insinuó que podría casarse con su hija?

Barry sonrió levemente otra vez.

—Isabel Sturges es mi prometida.

Holbert mordisqueó su cigarro.

—Observo que es usted un joven aprovechado, Barry Sheldon. Quizás excesivamente refinado para esta tierra, pero no hay duda de que su estilo de vida acabará imponiéndose. Le auguro muchos éxitos, amigo mío. Y por cierto, otro día hablaremos de negocios, pues pienso transportar pieles desde San Luis en alguno de sus buques.

Barry le dijo que hablarían de este asunto cuando gustase, pero interiormente se prometió que no volvería a ver a Holbert.

Sin embargo, parecía que el destino estuviera empeñado en que aquel apellido tuviese una importante influencia en su vida. Dos semanas más tarde, Holbert le invitó a cenar, con el pretexto de enseñarle unos daguerrotipos de su hija. Así tendría ocasión de verla, y de ver también lo que se perdía por culpa de su anterior compromiso con Isabel.

La cena fue suculenta. Faisán, caviar traído de los antiguos puestos rusos de California, cuatro o cinco clases de pescado cuyo nombre mareaba a Barry y champaña francés del mejor. En realidad

el joven tenía la sensación de haber entrado en una nueva vida, en la que todo era como un sueño mágico del que no hubiese de despertar jamás. Su fría inteligencia le hizo preguntarse qué pretendía Holbert con aquello, pero llegó a la conclusión de que el hombre se sentía sólo sin su hija, y deseaba constantemente la compañía de alguien que al menos supiese hablar y tuviera simpatía. Como Barry reunía ambas condiciones, Holbert le hubiera invitado cada día a su mesa de no sentir el temor de parecer indiscreto. Tenía suficiente dinero para no importarle el precio de una comida, por suculenta que fuese. Y además, buscaba una persona joven que pudiera comenzar a ayudarle en sus negocios, persona que muy bien pudiera ser Barry Sheldon. Desde luego no había creído ni un solo momento que Barry Sheldon fuese un rico armador de San Luis.

—Los viejos debemos ser sinceros —dijo cuándo bebían una de las últimas copas de champaña—. Y me creo en la obligación de definir mi actitud con usted, Barry. Ni por un momento he creído que fuera usted un armador de San Luis. Para mí no es difícil ver que en Santa Fe se dedica simplemente al juego. No obstante, no voy a reprocharle nada, puesto que yo, en mi juventud, ¡ejem!, hice igual y aquí lo importante es ver cómo una persona emplea el dinero, no cómo lo gana. Creo que es usted un joven con aptitudes y no vacilaría en ir confiándole mi negocio y hasta el porvenir de mi hija.

Barry sintió que una viva simpatía hacia aquel hombre nacía en su corazón. Holbert era el primero que, habiendo adivinado su pobreza y viendo los esfuerzos que hacía por salir de ella, no se lo reprochaba. Era también el primero que depositaba una ciega confianza en él.

—Gracias, míster Holbert, yo…

Pero no pudo continuar hablando. En aquel momento se abrió la puerta, y en el umbral aparecieron dos hombres empuñando amenazadoramente sus revólveres.

—¿Qué es esto, milores? ¿Un atraco?

Llevaba sus revólveres, pero no hizo el menor movimiento sospechoso. Una primera ojeada le había bastado para saber que los dos hombres que tenía enfrente no eran novatos y que estaban decididos a todo.

—No se sorprendan —advirtió uno de ellos con sorna—. ¿Quién de los dos es Holbert?

—Yo… Yo —balbució el aludido.

—Venimos a ayudarle a llevar el peso de su dinero. Puede que a su edad el ir tan cargado sea perjudicial para usted. Luego le entregaremos un recibo en nombre de Billy *el Niño*.

Barry tragó saliva mientras se tensaban todos sus músculos. ¡Billy *el Niño*!

Él lo había conocido poco antes de morir su madre.

La casa de Holbert estaba situada en las afueras de Santa Fe y muy distanciada de cualquier otra. Si los pistoleros habían ocupado sus puntos más estratégicos, ellos no podían contar con recibir ninguna clase de ayuda. Y si además de esto Billy estaba con ellos, era completamente seguro que acabarían desvalijándolos a menos que se defendieran.

—Mi… hija… —balbució Holbert dirigiéndose a Barry—. Mi hija está arriba, en el piso superior… Ha llegado inesperadamente esta tarde y había prometido terminar la cena con nosotros… Quería darle una sorpresa. Yo…

Los dos pistoleros cambiaron una mirada de inteligencia. Barry comprendió cuáles eran sus intenciones; y comprendió también que había llegado el momento de actuar.

Encogiéndose, sacó.

Su primer acto, sin embargo, no fue disparar sino propinar un soberbio rodillazo a la mesa, empujando con todas sus fuerzas. La volcó entre un estrépito formidable, mientras se arrojaba al suelo. Tres balas atravesaron en parte la gruesa tabla, y le hubiesen herido también a él de no haber estado ya reptando por el pavimento.

Los dos pistoleros corrieron a parapetarse a ambos lados de la puerta. Uno de ellos lo consiguió. El otro, a guisa de precaución, se detuvo un par de segundos para disparar dos veces contra Holbert y quitar de en medio a aquel posible enemigo. Dos segundos que le costaron la vida. Barry Sheldon disparó desde el suelo, apoyándose en un costado, y su única bala hizo saltar la cabeza del bandido.

Holbert gemía en el suelo con el pecho atravesado. Barry trató de acercarse a él, y dos balas rebotaron junto a su rostro. El enemigo parapetado tras la puerta era buen tirador y disparaba a matar. Barry guardó silencio unos instantes, dejando gemir a

Holbert. El pistolero llegó a dudar de si había alcanzado al joven con sus disparos y ladeó un poco la cabeza. Una segunda bala de Barry se le llevó parte de la sien, dejándole muerto en el acto.

Arriba se oía un estrépito formidable de puertas al abrirse. Luego un grito angustioso de mujer. Sin duda era la hija de Holbert.

Barry saltó por encima de los cadáveres que obstruían la salida y trató de ganar las escaleras que conducían al piso superior. En este momento lo único que realmente le importaba era salvar a aquella muchacha a la que no conocía siquiera.

Resonaron dos tiros en el vestíbulo superior, y Barry sintió que algo le contraía la garganta. ¿Habría llegado el salvajismo de aquellos bandidos al extremo de asesinar a sangre fría a la muchacha? Pronto vio que no. Era ésta la que sabía defenderse por sí sola y la que había hecho los dos disparos. Un hombre de unos treinta años, con una enorme barba rubia, yacía muerto a unos pasos de una puerta cerrada.

Barry saltó sobre él y buscó más enemigos. El grueso de la banda, compuesta al parecer por no menos de ocho hombres, estaría abajo, en el despacho de Holbert, violentando la caja de caudales. Resolvió aprovechar aquella oportunidad para sacar a la muchacha de allí y ponerla a salvo.

Entreabrió un poco la puerta.

—Oiga, *miss* Holbert…

La detonación le dejó ciego unos momentos. Sintió el aullido de una bala pasando junto a su cabeza, mientras algo parecía abrasar la raíz de sus cabellos. Instintivamente se arrojó al suelo. Una segunda bala silbó alta, pero le hubiera alcanzado caso de haberse dejado él dominar por la sorpresa.

Barry se llevó una mano a la cabeza, de la que brotaba sangre. Tan sólo había sido una rozadura sin consecuencias, un rasguño. Pero media pulgada más abajo al apuntar y su cabeza hubiera saltado hecha pedazos. Tembló al pensar en la clase de mujer con la que había querido casarle míster Holbert.

Ni soñar en ayudarle ahora. Con tales «razonamientos» por parte de la muchacha, lo más fácil era que sus buenos propósitos acabasen en el otro mundo. De modo que se arrastró lo más velozmente que pudo, alejándose de la puerta. Tenía su revólver dispuesto, y si ella aparecía la desarmaría de un balazo como

primera precaución.

Pero la tierna y angelical heredera de los Holbert no apareció. Barry descendió nuevamente por las escaleras con el deseo de atender al dueño de la casa y cazar a los pistoleros, si esto era posible. Con la servidumbre no podía contar, pues, por lo visto, ya había sido sorprendida y apresada.

Entró de nuevo en el comedor. Holbert agonizaba.

—Mi hija, Barry… Quiero… verla…

—Haré lo posible. Trate de no moverse de cómo está porque sufriría una hemorragia.

Salió al vestíbulo y gritó, aun exponiendo a llamar a atención de los pistoleros:

—¡*Miss* Holbert! Su padre quiere verla. ¡Puede creerme o no, pero se trata de su última voluntad! ¡Baje, se lo ruego!

Un balazo cortó sus palabras. Desde el fondo de un pasillo situado a su izquierda, alguien acababa de disparar sobre él. La bala le rozó en el cuello llevándose parte de su levita. Barry se pegó a la pared haciendo fuego también con sus dos revólveres. Su agresor cayó herido y empezó a gatear por el suelo buscando refugio.

Barry avanzó cautelosamente por el pasillo. Sabía que al fondo, en el despacho de Holbert, estaba actuando el grueso de la banda. Tratar de dominarles entrando por la puerta sería suicida, porque lo acribillarían al fallar la sorpresa. El único modo —y muy problemático— consistía en disparar a través de la ventana.

Convenía, pues, salir al exterior, y lo consiguió pasando a un almacén que tenía dos puertas. Abrió una ventana cuando le detuvo una voz:

—Quieto, amigo. Y estaba dispuesto a perdonarle todo, incluso que fuera en realidad una especie de bandido.

Pero el lenguaje que ahora empleaba le hirió.

—En esta casa hay una mujer. No me iré de aquí mientras no se me garantice que no se le hará ningún daño.

—Billy no hace daño a las mujeres —susurró el jinete—, a menos que ellas se lo pidan. ¿Es tu novia?

—No. Ni siquiera la conozco.

—Entonces, olvídala.

Otra vez sufrieron una sacudida los músculos de Barry.

—Te advierto que no soltaré los revólveres ni me moveré de

aquí.

En aquel momento el segundo hombre se volvió. Una figura blanca se alejaba corriendo hacia la pradera, en dirección a la ciudad. Iba a pie y nadie la acompañaba.

No resultaba difícil comprender que, muerto su padre, la muchacha corría para pedir ayuda al *sheriff* de Santa Fe. Estaba ya bastante lejos, pues sin duda había saltado desde una de las ventanas traseras de la casa. Sólo se veía su silueta cada vez más borrosa, moviéndose con una increíble rapidez. Pero, una vez descubierta, podía considerarse perdida.

Billy *el Niño* hizo con sus revólveres un suave movimiento.

—Persíguela, Bad. Y que no llegue a Santa Fe.

El aludido volvió grupas y se alejó al galope en dirección a la muchacha. No había la menor posibilidad de que ésta lograse escabullirse. Tres o cuatro minutos después, el pistolero llamado Bad estaría ya junto a ella. Barry sintió que los revólveres le quemaban en sus manos.

—Ordene a ese hombre que retroceda, Billy.

—¿Retroceder? ¿Por qué?

—Porque de lo contrario voy a matarle.

El famoso bandido, el invencible, rió silenciosamente.

—Pruébalo, hermano.

Cuando Barry levantó sus revólveres supo que iba a morir. Billy le estaba apuntando y probablemente solo aguardaba a que él disparase para vaciarle dos cilindros bajo la piel. Pero con su vida ganaba la de la muchacha. O al menos no consentía que ante sus ojos se desarrollase impunemente una infamia.

Esta vez fue la segunda que Barry Sheldon prefirió su honor a su egoísmo despreciando incuso el más elemental instinto de conservación.

—Después de disparar reza por mí… Billy…

Levantó un poco más los revólveres e hizo fuego con diferencia de unos segundos. La primera bala alcanzó a Bad en la cintura y le hizo caer instantáneamente del caballo. La segunda bala le atravesó la cabeza cuando aún no había tocado tierra. De noche, a distancia y con un blanco tan difícil como un jinete al galope, la puntería de Barry fue prodigiosa. El mismo Billy lanzó un silbido de aprobación.

—¡Hum! ¿Sabes que resultas muy peligroso, hermano…?

—Lo supongo y por eso te aconsejo que dispares de una vez.

Billy volvió a sonreír, pero ahora había cordialidad en su sonrisa.

—¿Quieres unirte a nosotros? Plata asegurada y buen trato.

Barry se mordió los labios.

—Soy tan sinvergüenza como tú, pero trabajo solo.

—Está bien, en tal caso no me va a quedar más remedio que matarte, siquiera sea para cubrir las apariencias ante mis hombres, que nos están contemplando desde la ventana. Veamos, ¿quieres ayudarme a descabalgar?

Sorprendido ante la actitud del bandido, Barry Sheldon le ayudó a descender del caballo tendiéndole una mano. Sus músculos estaban en tensión por si todo aquello era una trampa. Pero lo único que hizo Billy fue acariciar el lomo del caballo y sacudirse de sus ropas el polvo del camino.

—Buen chico. ¿A qué distancia sueles disparar en los duelos?

Barry sintió que se le secaba la boca.

—No me he batido nunca… con un auténtico *gun-man*.

—¿No? ¡Qué lástima! Va a ser un golpe poco espectacular. ¡En fin, muchachos, no tengo otra cosa que ofreceros!

Los pistoleros que contemplaban la escena desde la ventana lanzaron al unísono una risotada.

—El patio no es muy grande —comentó Billy como si todo aquello realmente le diera lástima—, y no podremos separarnos más allá de dieciséis pasos. Mejor para ti, porque a esta distancia tendrás más posibilidad de alcanzarme.

Una nueva y unánime carcajada de los pistoleros se oyó a espaldas de Barry Sheldon.

—Apuesto cinco contra uno a tu favor, Billy —dijo con voz serena.

—¡Hum! No está mal la proposición. ¡Así podré recuperar el precio de las balas! ¿Te parece cinco dólares míos contra veinticinco de los tuyos?

—Me parece perfectamente bien.

—Pregúntele dónde lleva el dinero, jefe —voceó uno de los pistoleros—. ¡Tendrá que sacárselo usted mismo!

Otra sonora carcajada general coreó la ocurrencia.

Los dos hombres comenzaron a retroceder, mirándose atentamente. A pesar de sus palabras, Billy no se confiaba, cosa que Barry notó por la cautela de sus movimientos. Sabía que tenía que vérselas con un pistolero nato. Por otra parte, todos los adversarios que había tenido hasta ahora enfrente acabaron echándose a temblar al saber que desafiaban a Billy *el Niño*. Éste no. Fuera porque no conocía el miedo o porque ya se daba por muerto, ni siquiera parpadeaba al retroceder y al abanicar suavemente el aire con sus manos, buscando la postura más propicia para sacar los revólveres.

Los pistoleros, a su espalda, habían enmudecido de repente. Les bastaba ver moverse a un hombre para saber si era novato o no. Y éste no lo era. Calculaba cada movimiento y, cosa esencial en un auténtico *gun-man*, cada compás de la respiración. Los músculos de todos se pusieron tensos y sus ojos brillaron al ver retroceder a los dos enemigos, suaves y ágiles como dos gatos.

—Nos falta un paso a cada uno, Barry —dijo Billy *el Niño* haciendo un brevísimo alto—, y me creo en la obligación de advertirle que voy a tirar con un solo revólver. ¿Qué harás tú?

—Sólo un revólver.

Contuvieron la respiración y levantaron a la vez una pierna. Cuando la posasen en el suelo estaría dado el paso que faltaba. Sus ojos relampaguearon, sus músculos fueron sacudidos como por una descarga eléctrica de un rayo. Los dos a la vez sacaron mientras cerraban los dientes con una especie de chasquido. Sonaron dos detonaciones, y Barry sintió que algo silbaba junto a su oreja izquierda. Había contenido tanto la respiración que ahora le hacía daño el pecho. Fue eso lo que principalmente notó. En cuanto a Billy, quiso disparar otra vez y no pudo. El revólver, tocado, había saltado limpiamente de entre sus dedos.

Un rumor de asombro se propagó entre los pistoleros. Para ellos fue un espectáculo inaudito, increíble, el que su jefe hubiera sido vencido.

—Lo siento, Bonney.

—¡Más lo sentirás ahora!

Había hablado uno de los pistoleros, a espaldas de Barry,

mientras apretaba el gatillo. El joven sintió un aguijonazo en su espalda y cayó de bruces, gimiendo.

El agresor iba a disparar de nuevo cuando Billy, sacando su otra arma con una velocidad alucinante, le atravesó la mano.

—No me gustan las traiciones, Larsen, y con los valientes menos. No lo olvides.

Montó en su caballo de un salto y ordenó a sus hombres que salieran con el botín. Todos obedecieron al instante, incluso Larsen, que se apretaba la mano. Desde lo alto de la montura, Billy miró al caído, que yacía en el suelo apretándose un costado.

—No sé si vas a vivir, Barry Sheldon, pero como amigo no puedo sino desearte que mueras. De ahora en adelante serás ya tan sólo el hombre que venció a Billy *el Niño*. Y todos los matones del Oeste querrán probar fortuna contigo hasta convertirte en un desesperado como yo… o hasta que uno tenga más suerte que los otros y te deshaga la cabeza.

Marcharon.

Cinco minutos más tarde se hallaban lejos de la casa.

CAPÍTULO IV

Y Barry Sheldon se hubiera desangrado en el patio de la casa de no habérsele ocurrido al viejo Bass darse una vuelta por allí a ver lo que pasaba.

Los sirvientes estaban atados unos contra otros y nada podían hacer. En cuanto al *sheriff* de Santa Fe, al que había ido a avisar la hija del propietario de la casa, debía de ser aficionado a la cría de tortugas, porque media hora después no había acudido aún. Y Barry, que tenía una bala incrustada entre las costillas, hubiese muerto, de no ser por la llegada de Bass.

—Pero hijo mío, ¿qué te ocurre?

—Un atraco, Bass. Billy *el Niño*.

—¡Hum! Este zorro por aquí… Nos ha salido una buena competencia. ¿Y es él quien te ha atizado?

—No, al contrario. De no ser por él ahora estaría muerto. Pero no hablemos tanto y sácame de este lugar. Es urgente que me vea un médico o habré jugado ya mi última carta.

—No sé qué me ha impulsado venir. Tal vez el deseo de que me invitaseis a los restos de la cena. En fin, ha sido una buena idea. Trataré de arrastrarte hasta mi caballo.

Hizo un esfuerzo para transportar al joven, pero se dio cuenta de que a cada movimiento éste perdía más y más sangre.

—Necesito ayuda —gimió el viejo Bass—. Si alguien pudiera…

—Dentro de la casa están los criados. Desátalos.

No fue necesario. En aquel momento, pomposamente vestido, apareció Holmes.

—¡Ujujú! Liebre del desierto, rata de la pradera, digo al revés, aguilucho tuerto de las montañas, escorpión resfriado, ¿ésta es la manera como acabas todas tus aventuras?

—¡Cállate de una vez y ayuda a Bass! ¡Si algún día puedo volver a ponerme en pie de nuevo ya te ajustaré las cuentas!

El rostro de Holmes se ensombreció repentinamente al advertir la importancia de la herida.

Ayudó a Bass a transportar a su jefe, y entre los dos lo acomodaron sobre la silla de un caballo.

—En marcha con precaución —ordenó Bass.

Repentinamente resonó a lo lejos el rumor sordo y compacto de numerosos caballos que se acercaban al galope. Sin duda eran el *sheriff* de Santa Fe y parte de la milicia local, que se acercaban a la hacienda.

—Nos tomarán por miembros de la banda… —opinó Holmes.

Barry no dejó de reconocer que el pistolero tenía razón. Los únicos que sabían que Holbert le había invitado eran los criados de la casa, pero si esperaban a que los desatasen y los interrogasen, él habría muerto ya desangrado. Y además se exponía a que los del *sheriff* tirasen a ciegas contra los primeros bultos que viesen. De modo que ordenó:

—Salimos volando. Los que vienen ya auxiliarán a los de dentro.

Emprendieron un galope rápido, pues aunque iban tres sobre dos caballos los animales estaban descansados. Dieron un rodeo y regresaron a Santa Fe por un camino distinto al que seguían el *sheriff* y sus hombres.

Pero cuando llegaron a la ciudad, Barry ya se había desmayado a causa de la pérdida de sangre.

Estaba inconsciente cuando un cirujano le extrajo con unas pinzas la bala que tenía alojada entre las costillas. La herida, por cuestión de pulgadas, no era mortal. Tampoco recobró Barry el conocimiento cuando el cirujano dijo:

—Tendrá que estar sin moverse al menos treinta días.

Pero enderezó vivamente la cabeza cuando el galeno soltó:

—¡Ejem! Me deben trescientos dólares.

—¿Quéeee? —murmuró Barry—. Oiga, usted piensa dejarme arruinado en una sola noche…

—Veo que está usted mejor de lo que pensaba. Si no tiene dinero págueme lo que quiera.

Barry ordenó a Bass que diese al médico trescientos cincuenta dólares, cincuenta más de lo que había pedido. Cada vez que

contaba un billete de cincuenta, para el viejo era como si le clavasen un alfiler en la piel. Suspiraba y miraba al médico acusadoramente.

Vinieron tiempos malos para los tres hombres, y Bass tuvo que empeñar otra vez su reloj y sus espuelas de plata. Quedó demostrado que, sin la ayuda de Barry, era inútil seguir jugando. En cuanto a Holmes, trató de emplearse como guardaespaldas de algún personaje importante, pero nadie le quiso por más de tres o cuatro días. En cuanto tenía un dólar y veía pasar cerca de él a una mujer guapa, ya no se acordaba de nada más. Luego visitaba a Barry y reconocía con cara tontita que era una inutilidad. El joven se limitaba a estrecharle la mano y despedirle con alguna frase afectuosa.

Durante treinta días estuvo condenado a la inmovilidad, tolerándosele tan sólo algunos paseos breves por el interior de la habitación.

La herida cicatrizó, pero sufrió fiebres altas, y una aguda debilidad postró su organismo. El cirujano que seguía visitándole dijo que aquella bala había sido disparada con mala sangre y que podía aceptar aquellas molestias con resignación y dar gracias a Dios por seguir vivo.

En este tiempo Barry Sheldon no hizo más que pensar. En realidad le estaba prohibida toda otra cosa. Y sus recuerdos le llevaron constantemente junto a Isabel, la mujer a la que había prometido volver y la que sin duda le esperaría decidida a emprender una nueva vida junto a él.

Barry se iba dando cuenta de que su carácter experimentaba un notable cambio. Ya no era el personaje cínico, calculador, de meses antes.

Una ternura inmensa nacía en él ante sus recuerdos, y sólo anhelaba poder volver al rancho y ver a Isabel.

Sin embargo, la situación real que se le planteaba era muy otra. Llevaba ya un mes enjaulado, y habían transcurrido seis desde que saliera del rancho cuando una noche Holmes vino más preocupado que de costumbre.

—Va a haber jaleo, jefe. Todo el mundo comenta algo que usted no nos había explicado a Bass y a mí.

—¿A qué te refieres?

—A que usted desarmó a Billy *el Niño*. Parece ser que miembros de su banda lo han comentado por ahí, y él no lo ha desmentido. Todo esto origina un revuelo, jefe. En Santa Fe no están acostumbrados a que alguien desarme impunemente a un tipo de esa categoría.

—No lo hice impunemente. Y mi herida es la prueba.

—Bueno, pero es que también dicen que le dieron por la espalda. Un tal Larsen, a quien Billy ha expulsado de la banda, y que ahora actúa sólo por ahí. El caso es que se enfrentaron en duelo usted y Billy, y él no le mató.

—Supongamos que sea cierto. ¿Qué ocurre?

—En la ciudad hay suficientes matones para que, a partir de ahora, usted ya no tenga un minuto de reposo. Todos querrán probar fortuna ante el hombre que venció a Billy *el Niño*. En el *saloon* de Milly West he oído ya cómo se cruzaban apuestas.

Barry cerró los ojos.

—En cuanto me sienta bien me largaré de la ciudad —dijo—. No quiero estar peleándome a tiros toda mi vida. Cambiaremos los aires enrarecidos de Santa Fe por otros más sanos.

Holmes hizo un gesto de duda.

—¡Hum! Ya veremos si nos dejan.

En vista del ambiente que existía en la población, el médico aconsejó a Barry que no saliese a la calle hasta estar completamente repuesto. Pero cuarenta días después de su herida, el joven ya no pudo aguantar más. Se afeitó cuidadosamente, se vistió, revisó bien sus revólveres y salió a la calle.

Antes de adentrarse por las vías principales de la población, pensó que no dejaba de ser extraño que la hija de Holbert no hubiese acudido a visitarle siquiera una vez. Había oído ya decir que Holbert estaba muerto, pero de su hija no se sabía nada. De modo que al encontrar a Bass marcando las cartas en el rincón de un garito fue eso lo primero que le preguntó:

—Oye, tramposo; ¿sabes tú cómo se llama la hija de Holbert?

—Salomé. Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Quieres casarte con ella? —Y con un gesto de repentina alarma añadió—: ¿O acaso quieres casarme a mí?

—Tú ya no sirves ni para jugar a las cartas con un muerto, Bass. Te lo he preguntado porque me extraña que no deseara conocerme.

No necesita ser muy lista para saber que fui yo quien le salvó la vida.

—Tal como fueron las cosas, pudo no darse siquiera cuenta de que aquel bandido la perseguía. En fin, la muerte de su padre, por otra parte, la habrá trastornado. Creo que ha dejado el rancho y se ha marchado a una pequeña casa que tiene en la frontera de Arizona. No quiere ver a nadie; al menos esto es lo que dijo al *sheriff* cuando fue a despedirse de él.

Barry comprobó distraídamente las marcas que Bass hacía en los naipes y vio que eran endiabladamente burdas. Los dejó sobre la mesa.

—Nunca he jugado con cartas marcadas, Bass. Y si gano las partidas es sólo fiando en mi habilidad. Tú tendrás que hacer lo mismo o dejaremos de ser socios.

—¡Oh, no! Yo sólo las marcaba para distraerme.

—Bien, dejemos esto ahora, y dejemos también lo de la hija de Holbert, que maldita si me importa algo. He decidido que cambiaremos de aires y por esto estoy aquí. Me siento ya perfectamente bien, de modo que esta misma tarde saldremos hacia el oeste, hacia Arizona.

—¡Hum! Con lo que Holmes se está divirtiendo en Santa Fe ahora… Se ha hecho novio de una cocinera que…

—Tendrá que dejarlo. Yo no soy un pistolero, y el clima que se ha formado en esta ciudad no acaba de gustarme.

No, Barry no era un pistolero. O al menos creía no serlo. Pero el destino hizo que se proyectara aquella sombra sobre la mesa.

Aquella sombra espesa, ancha que se cernió sobre ellos.

—¿Es usted el hombre que venció a Billy *el Niño*?

Barry y su viejo amigo levantaron la cabeza. Un hombre de unos treinta años, vestido con una lujosa levita, estaba en pie ante ellos.

No hacía falta mirar su cara para saber que era un pistolero con suerte. El modo cómo llevaba sus revólveres lo demostraba también.

Lucía un fino bigote y llevaba como contraste un grueso cigarro en la boca. Prendida en el ojal de su solapa lucía una perfumada gardenia, y eso lo identificó a los ojos de Barry. Era Gardenia Negra, el pistolero mejor pagado de Santa Fe, y uno de los más sanguinarios.

—Lo de Billy fue una casualidad. A usted pudo haberle ocurrido lo mismo, milord.

—En cuanto a mí no lo dudo. Lo que me sorprende es que le ocurriera a usted.

Barry se echó hacia atrás en la silla.

—Aquél es asunto acabado, milord. No hay por qué seguir hablando de él. ¿Quiere beber con nosotros?

—Un asunto sólo está acabado cuando a mi me place. Y éste no lo está. Por ello le propongo algo… sumamente emocionante. ¿Juega usted a los naipes?

Brillaron los ojos de Bass.

—A veces —dijo Barry.

—Tengo curiosidad por saber si el hombre que venció a Billy tiene unos buenos nervios. Le propongo lo siguiente: vamos a jugarnos quince mil dólares que pondré yo sobre la mesa…

—Magnífica cantidad. ¿Y qué pondré yo?

—Su mano derecha.

CAPÍTULO V

Una seca sonrisa apareció en los labios de Barry.

—¿Qué pretende? ¿Cortármela si pierdo?

—¡Oh, no! Soy un hombre de gustos refinados. Verá; si usted pierde su mano, yo sólo pretendo atarle el pulgar a los demás dedos, de modo que no pueda levantarlos, y luego batirme a revólver con usted.

—En cuyo caso yo tendría que amartillar de un golpe con la mano izquierda, aparte las dificultades naturales para sacar, ¿no? Por otra parte usted sabe que recientemente sufrí una herida en el lado izquierdo y que es lógico no pueda moverlo bien… ¿Qué estúpido juego se trae entre manos?

Gardenia Negra sonrió.

—No me juzgue mal. Soy un hombre amante de las emociones fuertes y nada más. Si yo conservo el dinero me haré lo que he dicho en mi mano derecha, y si lo gana usted será quien se someta a tan delicada operación. Es decir, ganar los quince mil dólares equivale a sacar luego con desventaja, y probablemente a morir.

—No acabo de comprender su plan, milord. Ante eventualidad semejante, los dos jugaremos sin ganas, a perder. Y no comprendo entonces qué emoción puede tener la partida.

Gardenia Negra sonrió.

—El que juegue a perder será un cobarde —dijo.

Varios espectadores, atraídos por la conversación, se habían ido acercando a la mesa. Y se acercaron todavía en actitud más ansiosa al oír la palabra cobarde.

—Quiero saber si el hombre que venció a Billy tiene los nervios de acero o de paja. Esto será una buena ocasión para demostrarlo. ¡Si hace algo para perder es que tiene miedo… porque quince mil

dólares bien valen su miserable vida!

Barry se pasó la lengua por sus labios secos, mirando fijamente a Gardenia Negra.

—No juegues —susurró Bass—. Es una locura.

—Quince mil dólares nunca han sido una locura —repuso Barry mientras pensaba que una suma así le permitiría casarse con Isabel —. Creo que voy a aceptar su propuesta, milord.

Gardenia Negra tomó asiento al otro lado de la mesa.

—De acuerdo. Una baraja nueva.

El dueño del *saloon* la trajo apresuradamente. Los espectadores se apiñaron en torno a la mesa envolviendo a los protagonistas del drama en un círculo que presagiaba muerte.

Gardenia Negra repartió y comenzó el juego. Los dos estaban con los nervios en tensión, atentos a la menor expresión del contrario. De un modo u otro se adivinó enseguida que Gardenia Negra estaba dispuesto a ganar, en parte porque quince mil dólares pesaban mucho, y en parte porque, aun amartillando con la mano izquierda, se sabía con la agilidad suficiente para ganar el desafío.

De otro lado, no estaba dispuesto a que se le tachase de cobarde. Había iniciado aquella apuesta precisamente para demostrar lo contrario.

La actitud de su enemigo obligó a Barry a jugar a su vez con la máxima atención. Y mientras sus ágiles dedos trataban de formar las figuras decisivas del póquer, se dijo que Isabel no imaginaría nunca el sacrificio que estaba haciendo por ella.

Nunca sabría del modo que había desafiado la muerte para que sus vidas pudieran unirse alguna vez.

Gardenia iba teniendo buen juego. Se advertía cómo brillaban sus ojos, cómo temblaban sus manos. Ahora, ante la casi absoluta seguridad de ganar la partida, parecía darse cuenta de que la vida era un precio demasiado alto. Pero seguía ligando las jugadas.

Barry, más sereno e impasible, jugó con ventaja a partir de entonces. Y ligó escalera real.

—He vencido, milord.

Al arrojar las cartas sobre la mesa tuvo la sensación de que era su propia vida la que había dejado caer de entre sus dedos.

—Je —la risa de Gardenia Negra era nerviosa—. Je, je… Has vencido… Tú tienes quince mil dólares… Y yo tengo tu mano

derecha.

Barry la posó suavemente sobre la mesa.

—Bien. Puede atarme ya el pulgar. Entregue el dinero a mi amigo Bass.

Con un movimiento displicente Gardenia entregó al viejo quince billetes de mil. En aquel momento pensó que, una vez muerto Barry, no sería difícil exterminar a un viejo como Bass y recuperar el dinero. Este pensamiento se traslució en el brillo de sus ojos.

—Siento defraudarle, pero creo que usía no me matará tan pronto como piensa. Por si acaso tú aléjate, Bass.

—No, jefe, yo me quedo. Si ese tipo intentase algo, Holmes me defendería.

Barry rió.

—Holmes, nuestro agente ejecutivo. ¡Puede usted temblar, Gardenia Negra! ¡Es una maravilla con los revólveres!

El otro no contestó. Eran febriles sus movimientos al atarle el pulgar al resto de la mano, empleando para ello una cuerda nueva, de resbaladizo cáñamo. Barry comprendió que el peligro mayor no estaba en alzar a tiempo el gatillo, sino en que el arma podía resbalar fácilmente de entre sus dedos.

Suavemente depositó su revólver izquierdo sobre la mesa.

—Éste se quedará aquí, milord. Así tendrá la seguridad de que no hago trampas.

Los espectadores se distanciaron inmediatamente. En sus rostros había una mueca de ansiedad, diríase que de incredulidad ante todo aquello. No en vano iban a ser testigos del desafío más espectacular y difícil que posiblemente se había dado en Santa Fe. Un amplio espacio quedó en el centro del *saloon*, para que en él pudieran moverse los protagonistas del drama.

—No hay aquí mucho sitio… —sonrió Barry.

—No, es cierto. Y si empezamos a retroceder habrá desventaja para los dos. Propongo que nos situemos a la distancia conveniente y que un espectador neutral haga un disparo al aire. Ésa será la señal.

—Conforme.

Fueron retrocediendo hasta quedar situados: Barry de espaldas a la barra del *saloon* y Gardenia apoyado en una de las mesas del fondo. Entre los dos quedaba una distancia de menos de quince

pasos, lo que convertía en mortales de necesidad los disparos que se cruzasen.

Bass mismo fue el encargado de dar la señal. Levantó lentamente su revólver…

¡Bang!

La detonación puso en movimiento a los dos hombres. Gardenia rugió triunfante al sacar. Barry, que estaba completamente seguro de que no podría empuñar el revólver con la misma rapidez que su enemigo, lo fió todo a su rapidez y se hizo a un lado de un salto mientras movía la mano derecha. Dos balas mordieron la madera donde segundos antes estaba su cuerpo. Mientras él empuñaba el revólver ansiosamente, sintiendo cómo resbalaba sobre la cuerda. Con la mano izquierda lo enderezó, al echar hacia atrás el martillo. Luego se dejó caer a tierra, al tiempo que una tercera bala silbaba junto a su cabeza. Apenas puesto en contacto con el suelo disparó, entrecerrando los ojos, y la bala alcanzó a Gardenia en el antebrazo. Con un aullido de dolor, el pistolero soltó el arma. Quiso recuperarla y no pudo mover el brazo, que se le había agarrotado. Barry seguía apuntándole y en aquel momento todos tuvieron la sensación de que dispararía otra vez para abrasarle la cabeza. Pero no disparó. Dejó que su enemigo le contemplara atónito, sin atreverse a tocar el revólver.

—No voy a disparar, Gardenia Negra. Puedes estar tranquilo.

Con una expresión de pasmo en sus facciones, el pistolero fue irguiendo poco a poco su cuerpo.

—Pero… —balbució.

—Lo que me has propuesto es sencillamente un crimen —dijo Barry en voz baja—, pero yo no acostumbro cometerlos. De modo que todo queda aquí, Gardenia. Has perdido quince mil dólares en un juego real y has conservado la vida.

—Lo de Billy no fue una casualidad… —susurró el pistolero, sin salir de su asombro.

—No, no lo fue.

Colocó calmosamente el revólver en la funda y se dirigió hacia la puerta seguido de Bass.

—¿Puedo hablar unas palabras con usted? —preguntó Gardenia Negra antes de que saliera.

—Dígame, milord.

—¿Por qué no trabajamos juntos? Fácilmente podríamos convertirnos en los dueños de esta tierra.

Barry sonrió suavemente.

—Gracias, pero para mí se ha terminado el pelear. Ahora tengo una pequeña fortuna y voy a casarme con la única mujer que me ha querido de veras…

Capítulo VI

Mientras Barry Sheldon regresaba a Nuevo México, una banda de quince hombres había atravesado de norte a sur todo el territorio de Estados Unidos.

Aquella banda se había formado años antes en el norte, en Montana, y había pasado a Canadá, asolando muchas poblaciones indias. Desde allí, y como la proximidad de la Policía Montada no le era nada cómoda, la banda había pasado a la cuenca del Yukón, en Alaska, dedicándose a hacer grandes y «limpios» negocios en White Horse y otras poblaciones donde imperaba entonces la fiebre del oro.

También allí terminaron por sentirse incómodos, pues los habitantes de White Horse constituyeron una junta de vigilancia que tenía a orgullo aplicar las leyes con mucha legalidad y con las mayores garantías para el presunto culpable. Buena prueba de estas garantías, de esta legalidad, etcétera, etcétera… es que cinco de los hombres de aquella banda fueron capturados, y antes de preguntarles sus nombres, tres de ellos fueron enterrados en la nieve para que se ahogaran y los otros dos rociados con petróleo y quemados, para que hubiera buen reparto entre el calor y el frío y nadie pudiera decir que allí no se hacían las cosas con prudencia y tacto. Hecho esto, la junta de vigilancia publicó un bando diciendo que las ejecuciones «legales», con todas las garantías y demás se harían efectivas cinco minutos después de apresarse al sospechoso, y que lo único que éste tendría derecho a decir sería su última voluntad.

La banda, entonces, decidió largarse de Alaska.

El hombre que la mandaba había oído hablar de una tierra cálida, amable, donde las mujeres eran bonitas y un licor llamado

tequila corría a raudales en las cantinas, entre alegres canciones y rasguear de guitarras. Esa tierra se llamaba México.

En México tampoco había ley.

El hombre que mandaba la banda tenía entonces unos cuarenta y cinco años, pero se conservaba fuerte y lleno de vigor. Tenía unos ojos crueles, una boca de líneas rectas y una buena musculatura. Lo único lamentable era su joroba.

Aquel tipo se llamaba Clark.

Penetró otra vez en Estados Unidos por Montana y fue descendiendo sin abandonar nunca las tierras del Oeste, donde escapar a la acción de la ley era relativamente fácil. La banda asaltó varios bancos, cometió más de una docena de asesinatos y media docena de violaciones de mujeres solitarias. Colgó también a un *sheriff* y, sin ser molestada, fue progresando en su marcha triunfal hacia el sur.

Justo cuando Barry Sheldon emprendía el regreso, la banda de los quince hombres —en todas partes ya la llamaban así… «La banda de los Quince»— cruzó la frontera del último estado que le quedaba antes de llegar a México. Aquel estado se llamaba precisamente Nuevo México, y su nombre era toda una promesa.

Shik, el lugarteniente de Clark, preguntó a éste:

—¿Vamos a quedarnos mucho tiempo aquí?

—No. Forzaremos las etapas para llegar cuanto antes a México. Aquí hay unos tipos que no me gustan.

—¿Quiénes?

—Los rurales.

—He oído hablar de ellos.

—No son como los *sheriffs* que hemos tratado hasta ahora.

Forman una especie de cuerpo militar y son implacables. Ríete tú del comité de vigilancia de White Horse. Lo único que les diferencia es que éstos son un poco más humanos y emplean la soga, pero el resultado es el mismo. Y no preguntan por la última voluntad.

—Nunca me he echado a la cara un rural porque yo siempre he estado en el Norte —dijo pensativamente Shik—, pero de veras que me gustaría tratar con alguno de ellos. Veríamos quién colgaba a quién…

Clark, que conocía el terreno que pisaba, gruñó:

—Seguro que nos perseguirán apenas sepan que hemos cruzado la frontera. Déjate de tonterías y da orden a los hombres para que nunca se entretengan ni se queden rezagados. Respiraré mucho más tranquilo cuando crucemos la frontera de México.

Shik accedió de mal talante.

Justo al día siguiente Shik se quedó retrasado porque le interesaba una chica de una granja solitaria. En lugar de encontrarse a la chica se encontró con una pareja de rurales.

Por fin iba a tener ocasión de «echárselos a la cara», como había deseado.

Hubo una bonita pelea.

Cuatro horas más tarde, cuando Clark empezaba a estar extrañado por la tardanza de su lugarteniente, envió a dos hombres para que averiguaran lo ocurrido. Éstos sólo pudieron traer el cadáver de Shik, el cual llevaba todavía la soga anudada al cuello.

Clark sintió que rechinaban sus dientes. Apreciaba a Shik a su modo y sabía que no le iba a ser posible encontrar otro hombre como él. Preguntó a los que lo habían traído:

—¿Había huellas?

—Sí.

—¿De quién?

—Eran dos hombres los que lucharon contra Shik, de eso no hay duda. Pero además no procuraron esconderse. Dejaron en uno de los bolsillos del muerto este papel.

Tendieron una hoja a Clark. Éste la desdobló lentamente, con una extraña mueca.

Era una ficha de identificación del cadáver extendida en papel impreso de los rurales. La única formalidad que se habían molestado en tener en cuenta después de la ejecución.

Los rurales…

Clark pensó que había tenido razón al principio. Estaban en zona peligrosa y había que quemar etapas. Había que llegar cuanto antes a la frontera de México.

Pero su orgullo fue más fuerte que todo. Cuando un *sheriff* le ofendió, él había colgado al *sheriff*. Los rurales no iban a ser menos.

—Hace años, cuando una chica se atrevió a burlarse de mí, la maté junto con su prometido —dijo pensativamente—. Nunca he perdonado una ofensa, y ahora tampoco voy a perdonarla. Haré en

Nuevo México algo que se recuerde durante años. Los rurales sudarán sangre cada vez que piensen en el error que cometieron al matar a Shik.

—¿Qué piensa hacer, jefe?

—Arrasar el primer rancho que encuentre. Arrasarlo completamente, matando a todos sus habitantes y exterminando las cabezas de ganado que no pueda llevarme. Reduciremos a cenizas incluso las paredes, y las mujeres que podamos apresar serán nuestras mejores víctimas. ¡Vamos! ¡Hay que actuar inmediatamente!

La que ahora era ya cuadrilla de los catorce se puso en movimiento de nuevo, siempre hacia el sur.

Y al día siguiente avistó uno de los mejores ranchos de todo Nuevo México.

Un lugar llamado Rancho Sturges.

CAPÍTULO VII

Clark dispuso sus hombres como el general que planea con todo cuidado una batalla.

Estaba rabioso por la muerte de su lugarteniente y deseaba dejar en Nuevo México un recuerdo sangriento. Por otra parte, pensó que allí iba a encontrar dinero suficiente para vivir como un pacha al menos tres meses, cuando cruzasen la frontera.

Clark tenía a su favor la sorpresa.

Ninguno de los hombres empleados en Rancho Sturges había supuesto aquel ataque. La mayoría estaban dispersos por los campos cercanos y no tenían la menor posibilidad de llegar a tiempo, cuando el ataque se produjese. Por eso Clark decidió aprovechar el día; los peones del rancho no regresaban hasta el anochecer.

Envió cuatro hombres a atacar por la parte frontal del rancho, solamente para llamar la atención de los posibles defensores de éste.

El verdadero ataque debía producirse unos minutos después, por la parte trasera, estando a cargo de diez forajidos, entre los cuales se contaría el propio Clark.

Éste se hallaba completamente seguro de la victoria, y soñaba ya con un espléndido botín, cuando dejó a cuatro hombres mientras él se disponía a rodear el rancho y gritó:

—¡Adelante, muchachos! ¡No perdonéis a nadie, excepto a las mujeres jóvenes! ¡Fuegooo…!

Los cuatro primeros jinetes se lanzaron a un ataque rabioso, disparando sus rifles y barriendo con sus plomos todos los porches del rancho.

El dueño, que estaba junto a una de las ventanas, sintió que todos los cristales saltaban sobre su cabeza, en medio de un

estruendo horrísono.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Nos atacan! ¡Llamad a los peones!

No pudo dar ninguna orden más.

Una bala de rifle le atravesó la cabeza, partiéndosela en dos mitades. Los pocos hombres que estaban de servicio en los edificios principales del rancho corrieron en busca de sus armas.

Pronto algunos de ellos se parapetaron en los porches, respondiendo a los disparos. Uno de los atacantes, el que estaba más cerca, hizo una extraña pirueta sobre la silla y cayó del caballo para no levantarse más.

Uno de los defensores gruñó:

—No lo comprendo. Eran sólo cuatro hombres y ahora quedan tres… ¿Cómo pretenden asaltar un rancho como éste?

Pronto salió de su error.

Cuando todos los defensores estaban situados en los porches delanteros, ocho hombres atacaron a la vez por la parte posterior del rancho. Pudieron acercarse tranquilamente hasta unas cincuenta yardas de la casa antes de que nadie contestara a sus disparos.

Los pocos hombres que pudieron asomarse a las ventanas para rechazarlos, cayeron acribillados.

Para aumentar la confusión, Clark ordenó que uno de sus hombres empleara un truco ya usual en los indios y que ellos habían puesto en práctica algunas veces en Alaska. Aquel hombre llevaba un arco y un par de flechas cuya punta estaba rodeada de estopa, la cual empapó en petróleo. Después de prender fuego, lanzó la primera flecha. Ésta cayó sobre uno de los tejados del rancho, iniciando un pequeño incendio.

La segunda flecha cayó en otro punto, y pronto las tablas de una de las paredes empezaron también a arder.

Mientras tanto, los pocos defensores de la parte delantera del rancho habían muerto ya.

De los forajidos de Clark sólo quedaban ya dos en aquella parte, pues otro había caído con la yugular atravesada, pero esos dos hombres pudieron acercarse tranquilamente hasta la misma puerta del rancho. Pronto se dieron cuenta de que allí sólo quedaban mujeres y viejos.

Los ocho hombres de la parte trasera llegaron ante las mismas paredes del rancho sin sufrir ninguna baja.

Clark aulló:

—¡Vamos! ¡Adentro!

Ni él mismo había soñado con tantas facilidades. Creía que habría más hombres trabajando en los edificios del rancho a aquella hora. Pero por lo visto casi todos se encontraban en los campos.

Dentro, como pronto pudieron ver todos, había muchas riquezas, pero ninguna mujer joven. Los sirvientes, casi todos de edad, fueron alineados junto a una pared y cobardemente asesinados a tiros de revólver.

Una vieja sirvienta, afortunadamente, pudo ocultar a los niños, porque de lo contrario hubieran muerto igual. Luego los hombres de Clark se repartieron por todas las habitaciones para recoger el botín.

Ninguno de ellos pensó que el incendio estaba ya devorando todas las buhardillas y habitaciones superiores del rancho. En todo caso ya tendrían tiempo de huir.

Clark fue a la habitación de Sturges después de encontrar en el cadáver las llaves de la caja fuerte. Abrió ésta y empezó a sacar bolsas de oro, que fue pasando a sus hombres. Uno de éstos se encargó de atarlas a las sillas de los caballos, preparándolo todo para la fuga.

Luego Clark reunió a sus forajidos en el vestíbulo.

—¿Cuántos muertos? —preguntó.

—Dos.

—No es mal precio. El oro que había aquí bien vale dos vidas. ¿Lo habéis registrado todo?

—Sí.

—¿Y no hay mujeres?

—Jóvenes, ninguna.

—¡No es posible!

—Lo hemos mirado todo bien, jefe.

—¡Hay que buscar mejor! ¡Sois un hatajo de imbéciles!

En aquel momento oyeron un crepitar sobre sus cabezas, todos miraron hacia arriba. El techo estaba incendiado y pronto podían empezar a caer sobre ellos las pavesas. Clark tuvo que resignarse a no encontrar ninguna mujer joven y bonita. Gritó:

—¡Fuera!

Todos corrieron hacia sus caballos.

Apenas habían montado cuando se derrumbó una parte del edificio principal del rancho.

Y fue entonces cuando cayó a los pies de Clark una mujer joven y bonita.

Bueno, lo había sido.

Tenía las ropas completamente destrozadas por las llamas, pues sin duda se había refugiado en una de las habitaciones superiores, por donde comenzó el incendio. El rostro se lo tapaba con las manos crispadas y estaba sin sentido.

Clark dijo fríamente a uno de sus hombres:

—Descúbrele el rostro. A lo mejor puede servirnos.

El forajido obedeció. Separó las manos del rostro de la muchacha y sus facciones palidecieron.

—Es un monstruo —dijo—. Está abrasada.

—Entonces déjala.

—¿No gastamos una bala con ella?

—No. Déjala. Será un buen testigo de nuestro paso. Que sufra.

Y los dos jinetes picaron espuelas, perdiéndose poco después en la inmensa lejanía.

CAPÍTULO VIII

Tres hombres llegaron a rancho Sturges, o mejor dicho a lo que todavía quedaba de él.

Uno de ellos era joven, alto y bien formado. Vestía con elegancia y en cierto modo parecía un tahúr de lujo. Mucha gente en Nuevo México le hubiera reconocido enseguida. Era Barry Sheldon.

Los otros dos eran sus compañeros Bass y Holmes.

Los ojos de Barry pasaron incrédulos sobre los montones de ruinas ennegrecidas, sobre las cruces donde señalaban las tumbas y sobre todo el caos en que se había convertido lo que un día fue un floreciente rancho.

—No… No puede ser… —balbució, y de pronto su garganta se crispó en un grito—. ¡No puede ser!

Holmes se acercó a él.

—Ya nos lo advirtieron antes de llegar aquí, pero costaba trabajo creerlo. Calma, Barry. No va a remediarse nada con gritos.

—Pero con balas sí.

—Con balas… ¿Pero contra quién? ¿Dónde están los granujas que hicieron todo esto?

—Pronto lo sabremos.

En aquel momento un hombre se despegó del montón de ruinas en que se había convertido el rancho. Era un tipo alto, delgado y con las piernas torcidas de tanto montar a caballo. En sus cintos lucían revólveres, y en su chaleco una placa.

Se presentó.

—Thompson, de los rurales. Usted es Sheldon, ¿no?

—El mismo. Y quiero saber sólo dos cosas. El nombre de quien ha hecho estoy y el sitio donde está ahora.

—El nombre puedo decírselo. Se trata de Clark, uno de los

forajidos más veteranos y repugnantes contra quienes hemos luchado. En cuanto al sitio donde está, lo ignoro. Pero por lo rumores que corren, suponemos que siguió camino a México.

—¿Y… qué ha sido de Isabel?

Thompson paseó una mirada circular sobre las tumbas.

—Los hemos enterrado a todos.

—¿A Isabel… también?

—Bueno, a eso iba. No se ha encontrado ningún rastro de la hija de Sturges. Lo hemos revisado bien todo y existe la seguridad de que no hay ningún cuerpo más entre las ruinas. Por supuesto, esa muchacha no tiene aquí su tumba, eso se lo aseguro.

—¿Entonces…?

Thompson se pasó la mano por una barba de cinco días, profundamente negra.

—Verá… La banda de Clark tenía mala fama en cuestión de mujeres. Yo creo que arrasaron rancho Sturges por tres motivos: dejar un recuerdo de su paso, buscar dinero y capturar alguna señorita. Si esa muchacha, Isabel, fue capturada…

Y después de estas palabras, Thompson guardó un expresivo y ominoso silencio.

Barry tenía los labios apretados formando una mueca, pero no se daba cuenta.

—¿Hay huellas?

—Huellas de caballos desde luego que sí, pero sólo con eso es imposible saber si los forajidos se llevaron a la muchacha.

—¿Cuántos eran?

—Llegaron catorce y sólo se marcharon doce. Dos de ellos se han quedado aquí para siempre.

—Pero es seguro que los vieron pasar por alguna población. Habrá alguna pista, por pequeña que sea…

—Sí —dijo Thompson—, cerca de la frontera fueron vistos. Eran doce, efectivamente. Pero no llevaban ninguna mujer.

—Quizás, entonces, es que no lograron capturarla —dijo Barry con una luz de esperanza en los ojos.

Thompson volvió a pasarse con gesto de duda la mano por la espesa barba.

—Mire, amigo, lo lógico es que no llevaran a la muchacha hasta la frontera de México. Después de haberla «utilizado», la habrán

sepultado en el fondo de cualquier cañada pedregosa. No es que yo quiera desanimarle, amigo, pero en tales ocasiones las cosas suelen suceder así. En su lugar, procuraría olvidarme de que esa chica ha existido.

Enseguida, en vista de la expresión crispada de Barry, añadió:

—Aun así, mis hombres están buscando por todas partes. Son hábiles rastreadores, y además cuentan esta vez con varios auxiliares indios. Puede tener la seguridad de que si la chica, viva o muerta, está en algún sitio, la encontrarán.

Barry se acercó poco a poco a las ruinas. Sus ojos habían cambiado. Ahora los tenía grises, duros, y latía en ellos una llamita asesina.

Esos ojos recorrieron las tumbas, una por una, deteniéndose en la del que había sido su jefe, Sturges. Luego buscó entre las ruinas, con la vaga esperanza de hallar algo que los rurales no hubieran sabido encontrar.

Y encontró algo.

Después de vagar media hora por entre los rescoldos, dio con unos pedazos de tela requemada que antes habían pertenecido a un vestido lujoso.

Barry estuvo a punto de lanzar un grito, porque conocía aquel vestido.

Había pertenecido a Isabel.

Sus ojos se entrecerraron mientras pensaba febrilmente, aunque delante de aquella evidencia ya no era necesario pensar. Si aquel vestido estaba allí, fuera de la casa, era porque Isabel lo llevaba puesto. Y si lo llevaba puesto y la tela estaba abrasada… ¿qué había sido de ella?

Muy lentamente, regresó hasta el lugar donde se encontraba Thompson.

—¿No han encontrado entre los rescoldos los restos de alguna persona… que hubiera muerto abrasada…? —preguntó.

Thompson pareció reflexionar.

—No —dijo finalmente.

—¿Cabe la posibilidad de que un cadáver hubiera desaparecido por completo entre las llamas?

—No. Por lo menos el esqueleto quedaría, aunque la verdad es que el rancho se convirtió en una hoguera.

Dio un puntapié a los rescoldos y añadió:

—Aunque es posible que esos canallas se llevasen algún cadáver para robarle más lejos las joyas que pudiera llevar. Sobre todo si se trataba del cadáver de alguna mujer. Ellas lucen pulseras y objetos de oro que resisten la prueba del fuego.

—¿Y después…?

—Después abandonarían el cuerpo en cualquier sitio. Estoy seguro de que mis hombres lo encontrarán.

Barry Sheldon se mordió los labios hasta hacerse sangre en ellos. Sintió entonces una mano que se posaba suavemente en su hombro.

Era el viejo Bass.

—Muchacho, vámonos de aquí. No hay quien pueda resistir una visión como ésta. Larguémonos a Albuquerque, que está cerca, y pillemos nosotros una buena borrachera. El *whisky* ha sido hecho para las ocasiones como ésta y nada más. Ahora necesitas un par de botellas.

—Lo que necesito es un par de revólveres, Bass, para descargar su plomo a quien yo sé.

—Todo llegará a su tiempo, muchacho.

Holmes acudió también, tratando de convencerle, y Barry Sheldon se dejó conducir.

Albuquerque presentaba un espectáculo de gran animación, con sus calles llenas de colorido ante la proximidad de las fiestas, pero ninguno de los tres lo notó. Fueron a una típica cantina mexicana, que estaba cerca de la casa de postas, y dieron una botella de *whisky* cada uno. Media hora después ya se las habían bebido.

Pero ni siquiera empezaban a estar borrachos.

Tenían los ojos entrecerrados y ese aspecto entre taciturno y hostil del bebedor peligroso, de ese que esgrime los revólveres ante cualquier provocación sin importancia.

Bass encargó tres botellas más.

Llegaron a dejarlas en la mitad sin haberse mirado, sin haber dicho una sola palabra. Estaban haciendo auténticos esfuerzos para emborracharse como bestias, pero con una borrachera trágica y triste.

Estaban convencidos de que no lo conseguirían ni aunque vaciasen la cantina entera, cuando dos conductores de la diligencia se apostaron en la barra para beber.

Eran charlatanes y comentaban los últimos viajes. Pertenecían, además, a ese tipo de hombres que sólo se fijan en las pasajeras.

Uno dijo:

—¿Recuerdas la del vestido azul? Luego me enteré de que era una bailarina. Hacía un largo viaje, empalmando diligencia tras diligencia, porque tenía un fabuloso contrato en un *saloon* de Denver.

—Aquélla no valía nada.

—¿Cómo qué no?

—Digo que no valía nada al lado de la otra, la del vestido carmesí adornando con una rosa bordada. Era más joven y… ¡qué tipo! La lástima fue que no pudiera vérsele la cara ni a tiros. ¡Con aquel velo tan espeso que llevaba y que no se alzaba nunca…!

Barry Sheldon alzó el rostro, mientras sentía una violencia contracción en la garganta.

Porque Isabel había tenido un vestido carmesí adornado con una rosa.

Capítulo IX

La banda de Clark había llegado a México, estableciéndose en una pequeña hacienda cerca de la ciudad de El Paso.

Dieron un golpe en Ciudad Juárez y raptaron a una muchacha, además de llevarse diez mil pesos. Pero dio la casualidad de que la muchacha le gustaba también a uno de los caciques más poderosos de todo el norte de México.

El cacique reunió a unos treinta cuchilleros que tenía a sus órdenes y rodeó la hacienda donde estaba establecida la banda de Clark. La banda resistió durante todo el día y pudo escabullirse, rompiendo el cerco, al llegar la noche. Pero dos de los hombres fueron capturados antes de que lograran pasar la frontera. Los cuchilleros los ataron a dos postes distintos y los emplearon para hacer ensayos de lanzamientos de cuchillo, procurando no hacer ningún impacto en el corazón, para que la cosa durase. Y la «cosa» duró porque el primero de los forajidos tardó en morir dos horas y el último cerca de cinco.

Otra vez en Estados Unidos, Clark vio que sólo contaba con nueve hombres, sin contarse él, y se sintió desorientado por primera vez en su existencia. Además, Nuevo México se había convertido en un territorio imposible para él, porque estaba lleno de pasquines con su nombre. Y a Clark resultaba muy fácil distinguirle a causa de su joroba.

Resolvió entonces remontar hacia el norte y establecerse en el Oeste central, donde suponía estaba ya medio olvidado.

—He decidido ya el lugar adonde vamos a ir —dijo aquella misma noche a sus hombres—. Nos estableceremos en Colorado. Aquél es un territorio donde circula el dinero y donde los *sheriffs* apenas molestan. En caso de apuro, podemos seguir más al norte.

—Muy bien, ¿pero cómo vamos a llegar hasta allí? Cuando se sepa que hemos vuelto a cruzar la frontera tendremos un ejército detrás de nuestros pasos.

—Nos ocultaremos de día y viajaremos durante la noche. El encargado de comprar provisiones será siempre un hombre distinto. Procurará no hablar con nadie… y no mirará una sola mujer.

—Si usted no llega a encapricharse con aquella puerca mexicana hubiéramos podido…

—¡Calla!

El pistolero calló.

Los diez granujas comenzaron su ruta aquella misma noche. Se ocultaron entre unos zarzales al día siguiente y con la oscuridad volvieron a reemprender la marcha, siempre en dirección al norte.

Los rurales tuvieron noticias de su paso e hicieron dos cosas: preparar sogas nuevas para la horca y contratar nuevos auxiliares indios para seguir el rastro. Pero de ningún modo pudieron dar con los diez granujas. Éstos se ocultaban como topos y siempre comían cosas frías para no tener que dejar ni el leve rastro de las hogueras apagadas. Cuando lograron salir de Nuevo México, se sintieron más tranquilos.

Y así, dos meses después, llegaron a Hayden, en Colorado, una población que tenía profundos recuerdos para Clark, aunque éste era un hombre que jamás miraba hacia atrás para no tener que ver a su espalda el número incalculable de sus víctimas.

A la ciudad de Hayden había llegado antes una mujer bien vestida, cuya esbelta figura denotaba juventud, pero cuyo rostro era imposible distinguir porque lo llevaba siempre cubierto por un espeso velo negro.

La mujer no se instaló en ningún hotel, sino que fue a vivir a casa de una anciana llamada señora Slum. La señora Slum tenía ya sesenta años y la recibió con gran cariño. Habitaba una pequeña casa situada cerca de la población, casa donde siempre se encontraba completamente sola.

Si la mujer se levantó el velo dentro de la casa, eso fue algo que no supo ninguno de los habitantes de Hayden. Sólo la señora Slum.

Y las dos mujeres estaban viviendo solas allí, sin que la más joven saliera nunca a la calle, cuando a la ciudad de Hayden llegaron los nueve pistoleros capitaneados por Clark.

Venían barbudos, deshechos y convertidos en guiñapos, pero aún conservaban los revólveres en sus cintos y en sus ojos una mirada de fieras acorraladas.

A pesar de que Hayden era una ciudad peligrosa por ser ruta de diligencias y paso casi obligado en los caminos que llevaban al norte, Clark comprendió que sus hombres necesitaban un descanso y decidió quedarse allí.

Les concedió dos semanas.

La misma tarde en que Barry oyó hablar a los dos conductores de diligencias, hizo amistad con ellos.

Eran tipos charlatanes y le dieron toda clase de detalles acerca de la chica del velo negro. Estatura, color de los cabellos y dimensiones de la cintura, busto, caderas y todas esas cosas en que los hombres tenemos la mala costumbre de fijarnos. Después de oírles hablar, Barry llegó a la conclusión de que la muchacha tenía que ser Isabel por fuerza.

Una conclusión desesperada.

Porque no había duda de que la muchacha sufría horribles quemaduras, como lo probaron los pedazos de tela calcinada y el velo con que siempre se cubría el rostro.

Pero alguien había tenido que atenderla antes de que ella pudiera emprender el viaje. Sin duda uno de los cinco médicos que había en Albuquerque. Barry decidió investigar.

Inmediatamente fue de un médico a otro, pero todos le dieron la misma respuesta increíble.

—No.

—Aquí no vino ninguna mujer con quemaduras.

—Afortunadamente, hace más de un año que no tengo que curar heridas así.

—De veras, amigo, no hay nada.

Barry habló más extensamente con el último médico.

—¿Pero es posible que una mujer que ha sufrido terribles quemaduras pueda emprender un largo viaje?

—Según donde se hayan sufrido esas quemaduras.

—En el rostro.

—Pues depende. Unas quemaduras en la cara no impiden moverse ni hacer vida normal, aunque lo difícil, casi imposible, es soportar el dolor. De todos modos, los indios de las montañas tienen

hierbas calmantes. Si esa mujer las conocía… También conocen un veneno, el curare, que aplicado en pequeñas dosis, calma el dolor. Esto no dejan de ser suposiciones, pero en un caso así todo es posible.

—Comprendo.

—Yo, en su lugar, no me molestaría preguntando más. Parece saber ya de sobra que la muchacha que emprendió el viaje en la diligencia es Isabel Sturges, la hija del ranchero. Lo que yo haría en su lugar sería seguir la pista.

—Tiene razón.

—Será difícil, porque hay muchos cambios de diligencias a medida que uno va avanzando hacia el norte; pero una mujer bonita y con un velo que no deja ver su rostro, nunca pasa inadvertida.

—Es cierto —reconoció Barry.

Aquella noche invitó a cenar a los dos conductores de diligencia y éstos le explicaron todas las posibles rutas partiendo desde allí. Barry pudo averiguar además que la muchacha del velo había sacado, en principio, pasaje hasta Santa Fe. Desde allí era posible seguir en muchas direcciones, siendo la más probable la de Amarillo, Pampa y Oklahoma City.

—Tendré que ir a Santa Fe —decidió Barry.

Holmes, Bass y él prepararon sus caballos, y dos días más tarde estaban en la mayor ciudad de Nuevo México. Ésta tenía menos tipismo que Albuquerque, pero era más rica. La primera visita de los tres hombres fue para el hotel donde paraban las diligencias.

El encargado recordaba a la mujer de bonita figura y de velo negro cubriéndole el rostro.

—Sí, es cierto, a todos nos llamó la atención. Pidió una habitación especial, donde no la molestase nadie, y la cena se la servimos allí. Hubo unos cuantos tipos en la barra del bar que hicieron apuestas sobre quién le levantaba el velo a la fuerza, pero llegó el *sheriff* y no volvieron a hablar más de eso. A la mañana siguiente, la chica reemprendió el viaje, pero tampoco pude ver la cara que tenía.

—¿Hacia dónde fue?

—Eso se lo dirá Stirling. Seguramente él le vendió el pasaje.

Stirling resultó ser un viejo borrachín que cuando no vendía

billetes para la diligencia se pasaba el día amarrado a la barra. Dio toda clase de explicaciones después de beber tres copas.

—Sí, la chica del velo negro… ¡Vaya capricho, con este calor y con lo pesado que son los viajes! Pero no se lo levantaba ni a tiros, a pesar de que la gente le gastaba bromas.

—¿Le vendió usted los pasajes?

—Pues… ¡Hum! Creo que sí.

—Compruébelo. Tiene pagada la bebida para toda la noche.

El vejete se animó al oír aquello, y enseguida empezó a consultar una libreta llena de anotaciones.

—Le vendí pasaje hasta Alamosa —dijo.

—Alamosa está más allá de la frontera. Pertenece a Colorado.

—Pues ésa es la dirección que siguió.

—¿Seguro? ¿No fue a Amarillo? Casi todos los viajeros se desvían aquí en dirección al Este.

—Fue a Alamosa. Vayan allí y lo comprobarán.

Barry y sus dos amigos fueron a Alamosa.

Ésta era una típica ciudad ganadera de tránsito, donde el *sheriff* tenía trabajo y cuyo cementerio estaba siempre bien surtido. También allí se acordaban de la muchacha de velo.

Fue el mismo *sheriff* quien le dijo:

—Parecía ir queriendo llamar la atención, la muy lagarta. O era guapísima, o un monstruo, porque el velo no se lo quitaba ni a tiros. Tuve que encerrar a dos tipos que querían levantárselo a la fuerza.

En todas partes la misma historia.

Barry se preguntó por qué Isabel había querido llamar la atención de aquel modo.

Claro que, pensándolo bien, no tenía otro remedio. Ir exhibiendo un rostro monstruoso, devorado por las llamas, hubiera sido peor.

—¿Cuánto tiempo se quedó aquí? —preguntó Barry.

—Una sola noche.

—¿Y hacia dónde siguió?

—Eso lo sabrá Power. Es el encargado de la casa de postas, y seguro que recordará a la chica.

Power resultó ser un tipo enormemente alto, enormemente delgado y enormemente guarro. Masticaba tabaco y lo escupía a todas partes, aunque fuese a las caras de las personas que hablaban con él.

Recordaba a la chica del velo. ¿Cómo no?

—Yo aposté con un amigo a que era guapa —explicó—, pero se enteró mi mujer y por poco me agujerea el sombrero de un balazo. Además, yo tengo una desventaja. Por muy alto que apunten, siempre me dan.

—¿Vendió billetes a la chica?

—Sí.

—¿Para dónde?

—No sé qué interés tienen ustedes, pero esa respuesta les va a costar diez dólares.

—Aquí están —y Barry los depositó sobre la mesa.

—Muy bien… Sacó billetes para una población llamada Hayden. Les advierto que Hayden está bastante al norte, y que hasta allí llegan los vientos fríos del territorio de Wyoming.

Barry y sus amigos se pusieron en marcha aquella misma noche.

CAPÍTULO X

Hayden era en aquel entonces una ciudad relativamente importante, donde había tres *saloons*, dos hoteles, una iglesia y varias tiendas de aspecto próspero. Además, las diligencias que continuamente pasaban por allí daban a la ciudad animación y riqueza.

Clark se sentía a gusto, y sus hombres también. Después de haber vivido como topos durante dos meses, empleando un tiempo increíblemente largo para llegar hasta allí, ahora estaban en plena recuperación. Como tenían dinero, lo gastaban a manos llenas. Se pasaban el día tumbados groseramente en sus camas, bebiendo, o en uno de los tres *saloons* persiguiendo a las escasas bailarinas. Aunque Clark les había recomendado calma, en la pequeña ciudad se estaba creando ya un clima de terror.

Sus hombres, excitados, le exigían que les dejase raptar alguna chica.

—Estamos fuera de la jurisdicción de todos aquellos tipos de Nuevo México —argumentaban—. Nadie puede perseguirnos aquí. ¿Por qué no divertirnos todo lo que nos dé la gana?

—Teóricamente sí que estamos fuera de la jurisdicción de aquellos tipos, y además el alguacil de esta ciudad es un inútil, pero somos una banda demasiado famosa y nuestro asunto podría ser encargado a los federales. No me extrañaría que cualquier día, de una de esas diligencias, bajase un federal. Hay que andar con cuidado y llamar la atención lo menos posible.

Clark no andaba muy desencaminado en sus temores. Hayden estaba en una ruta demasiado frecuentada, y cualquiera que los persiguiese podía encontrarlos. Y no llegó un federal como sospechaba, pero una mañana se presentaron tres hombres

cubiertos de polvo, que viajaban a caballo.

Clark no había visto jamás a ninguno de los tres. Ninguno de los tres había visto a Clark.

Sin embargo, pronto se olieron.

El forajido los vio llegar desde la ventana de su habitación y se volvió hacia Bussy, su lugarteniente ahora, que aún estaba en la cama amarrado a una botella.

—Tú, levántate.

Bussy, medio borracho, miró a través de la ventana.

—¿Qué ocurre?

—¿Ves a esos tres?

—Sí, pero no tienen tipo de federales. Uno de ellos es un viejo, y el otro parece una estaca.

—Pero no me gustan.

—¿Lo dices por sus revólveres? Todo el mundo los lleva por esa ruta. Y apuesto a que sólo el más joven sabe manejarlos.

—Esos tipos han venido expresamente aquí.

—¿Y quién te dice que no van a seguir hacia el norte…?

—¿Seguir? Tengo la sensación de que no. Llevo muchos años en el Oeste y sé cuándo unos tipos han llegado a su destino. Esos tres venían expresamente a Hayden.

—Bueno… ¿Y qué?

Clark arrebató la botella que su subordinado aún tenía en las manos, y la estrelló contra una de las paredes.

—¡Basta de borracheras, imbécil! ¡Estamos aquí descansando, pero hay que tener los ojos bien abiertos!

Bussy se tambaleó.

—No digo que no. Pero… ¿a qué viene de repente todo esto?

—Mójate bien la cabeza, vístete y baja a observar a esos fulanos. Si observas la menor cosa anormal, me avisas. En el caso de que vengan por nosotros, esta noche tienen que estar muertos.

—Si… Si, jefe.

Bussy hizo lo que le ordenaban y salió a la calle. Los tres recién llegados se habían hospedado en el otro hotel.

Naturalmente, los tres eran Barry Sheldon, el viejo Bass y el presumido Holmes.

Nada más penetrar en el hotel, supieron ya que no marchaban bien las cosas en Hayden.

—¿Los señores son por casualidad viajantes de comercio? —preguntó el dueño del hotel.

—No. ¿Por qué?

—Es que si lo fueran, les aconsejaría que no se quedasen en la ciudad bajo ningún pretexto.

—¿Qué ocurre?

—Nadie compra nada; no recibirían ni un solo encargo de comerciantes establecidos aquí. Todo el mundo está tranquilo y espera que las cosas terminen.

—¿Qué es lo que ha de terminar?

—Se ha establecido aquí una banda.

Barry se mordió el labio inferior.

—¿Venía de Nuevo México?

—Pues… sí. Llegó desde el sur, y además venían destrozados. Eh… Ustedes no serán federales ni detectives de la agencia Pinkerton, ¿verdad?

Barry se acarició el revólver.

—No. ¿Cómo se llama el tipo que manda esa banda?

—Clark.

Barry sabía ya que quien había destruido rancho Sturges era la banda de Clark. De eso estaban seguros los rurales cuando tuvieron que abandonar la persecución. Y ahora resultaba que Clark y sus hombres estaban allí, al alcance de sus balas…

Claro que eran diez, y ellos sólo tres, contando un viejo.

Pero a Barry eso no le importaba. Sus ojos brillaban ahora inflexibles y fríos, como los de un asesino profesional. Sabía que terminaría matando a aquellos diez hombres, aunque hacerlo le costase la vida.

Antes, sin embargo, tenía que preguntar otra cosa.

Se dirigió al dueño del hotel.

—¿Llegó aquí hace tiempo una mujer joven, de bonita figura, que llevaba la cara rigurosamente tapada con un velo negro?

—Si llegó aquí, no se ha hospedado en ningún hotel.

—¿Pero la ha visto?

—Verla, no. Sin embargo, algo he oído hablar de ella.

—¿Por qué no nos acompaña al bar del hotel? Todo será negocio para usted. Le invitamos a unas cuentas copas y de paso nos habla usted de esa muchacha del velo.

—De acuerdo, pero conste que yo no quiero líos.

—No los tendrá.

Fueron a la barra y el hotelero, bebiendo *whisky* del más caro, les explicó que había oído hablar de una chica de tipo detonante a la que, sin embargo, nadie había podido ver la vara. Aquella chica se hospedaba, al parecer, en una casa de las afueras de la ciudad, junto con una mujer de edad madura que hasta entonces había vivido sola.

Después de obtener aquella información, Barry, que apenas había probado una gota, preguntó:

—¿Y la banda de Clark hace mucho que está aquí?

—Sólo unos días. Llegaron hechos trizas y ahora, por lo visto, están en Hayden en plan de descansar.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando una voz preguntó desde la puerta:

—¿A quién le interesa tanto la banda de Clark?

Los cuatro hombres, incluido el hotelero, se volvieron lentamente. Dos tipos se habían detenido en el umbral, apoyados indolentemente uno en cada jamba. Llevaban dos revólveres al cinto, y a uno de ellos lo conocía perfectamente Barry.

—¡Vaya! ¡Pero si es Bussy!

—¡Ah! ¿Me conoces, angelito?

—Tú estabas en la banda de Billy *el Niño*. Pero he oído decir que hace tiempo te expulsó por cobarde.

Bussy se puso tenso.

—Ahora estás en la banda de Clark, ¿no? —preguntó Barry—. He oído decir que Clark es menos exigente.

—¿Me estás llamando cobarde?

—Te estoy dando un pretexto para que me mates.

Bussy sonrió torcidamente. Nunca hubiera supuesto que las cosas se le pusiesen tan fáciles.

—Vosotros sois tres —dijo para estudiar posiciones.

—Sí, somos tres, pero dos van a estar de mirones. Sólo yo voy a disparar. ¿Complacido?

—Te advierto que mi compañero hará fuego también.

—No hace falta que lo digas. Aunque me prometiese que no tocaría el revólver, sé que dispararía. Por lo tanto, mejor las cosas claras. Dos contra uno, ¿no?

—Tienes muchas ganas de morir…

—Y tú de matar. ¿Te ha encargado eso Clark o te ha pedido sólo que nos vigilaras?

—Eso lo sabrás pronto, amigo. ¿No dicen que en el otro mundo encuentra uno la respuesta a todas sus preguntas?

—Pues envíame allí…, amigo.

Bussy y su acompañante hicieron al mismo tiempo un movimiento perfectamente sincronizado, demostrando que estaban acostumbrados a trabajar en equipo. El primero tomó un ángulo de tiro, y el segundo otro distinto. Pero no llegaron a apretar el gatillo ninguno de los dos.

Barry Sheldon tenía la primera cualidad para ser un excelente pistolero. Tenía dedos de jugador, dedos capaces de escamotear una carta o de engarfiar un revólver como cables de acero. Con un solo y suave movimiento, disparó a través de la funda, haciendo inmediatamente una contracción y variando el ángulo de tiro.

Bussy, que era el que estaba en mejor posición para disparar, recibió el plomo en la mandíbula, en dirección ascendente, y su cabeza pareció estallar por dentro, produciendo un chasquido largo y angustioso. Su compañero, que hubiera tal vez podido aprovechar aquel instante, desvió una fracción de segundo la mirada, con gesto de horror, y eso le resultó fatal.

Barry le envió una bala al corazón, haciéndole tambalearse. Soltó el revólver, se llevó ambas manos al corazón y lanzó un gemido ronco mientras caía de rodillas lentamente.

—¡Dale otra vez! —Gruñó el viejo Bass—. ¡Aún está vivo!

—No hace falta —susurró Barry—. La bala le ha ido directa al corazón. Espera un segundo.

En efecto, el pistolero, que por un segundo pareció ir a recuperar su arma, lanzó una boqueada y cayó de bruces, quedando completamente inmóvil.

El dueño del hotel les miró con ojos desencajados.

—¿Saben… lo que han hecho?

—Claro que lo sabemos. Matar a dos hombres, ¿no? Los cadáveres están bien a la vista.

—Esos hombres…

—Pertenecen a la banda de Clark, ¿no es eso lo que quiere decir? Y uno de ellos debía ser al menos su lugarteniente.

—Exacto…

—Pues ahora no molestará más. ¿De qué se queja?

—Esto significa la guerra. Si no me equivoco, a la banda de Clark le quedan ocho hombres. Ustedes sólo son tres.

—La guerra no nos molesta —gruño Bass—. Hemos venido a matar.

—Pero repito que ustedes son sólo tres…

Barry depositó un pequeño fajo de billetes sobre la mesa.

—Pago adelantado, amigo. No quiero que luego tenga que ir vaciando los bolsillos de nuestros cadáveres para cobrarse el hospedaje.

El hotelero tomó con mano temblorosa aquellos billetes.

—Por lo menos, no se hagan fuertes en mi establecimiento. Si quieren juerga, líense a tiros en la calle.

—Lo haremos en el *saloon*, mientras tomamos unas copas —dijo Barry—. Es que a mí, ¿sabe?, me pica la garganta con el humo de la pólvora. Y ahora vamos a ver a esa muchacha del velo negro.

—Pero, oigan… Los cadáveres…

—Se los regalo. Póngalos como anuncio en su establecimiento —dijo Barry—. Verá como los hombres de Clark vienen enseguida, en cuanto los huelan. ¡Se le va a llenar el hotel!

Y los tres hombres recién llegados a Hayden salieron del hotel, dispuestos a meterse en el primer *saloon* para buscar más información sobre la muchacha del velo negro.

Su presencia en la población ya había sido notada. Todo el mundo sabía que allí iba a desencadenarse la guerra.

Capítulo XI

Sólo veinte minutos más tarde, Barry Sheldon había averiguado ya que la misteriosa muchacha habitaba en una casa de las afueras de la ciudad, junto con una anciana llamada señora Slum.

Holmes decidió:

—Vamos allá.

Barry dejó sobre la barra el vaso de *whisky* que estaba bebiendo.

—No. Iré yo solo.

—Pero… si la muchacha se abrasó la cara…

—Prefiero verla yo solo, precisamente por eso. Para ella será mucho menos violento.

—¿Y si es una trampa?

—No puede serlo, pero aunque lo fuese correría ese riesgo.

Salieron a la calle. Un tipejo que parecía tener dos siglos de edad y que se dedicaba a negocios de antigüedades, trotó junto a ellos.

—Muchachos, ¿piensan liquidar ustedes solos a la banda de Clark?

—¿Lo de muchacho va por mí? —preguntó el viejo Bass.

—También, también… Bien mirado, usted es un crío. Pero yo les preguntaba si van a liquidar a toda la banda.

—Puede… —musitó Barry—. ¿Por qué?

—Porque, si lo hacen, les compraré sus revólveres. ¡No van a tener precio, entre los coleccionistas, cuando se sepa para qué han servido!

—¿Y qué nos daría por ellos? —preguntó Barry, únicamente por cortesía.

—¡Huy! Tengo un almacén lleno de cosas. ¿Quieren verlo? Todo a cambio de sus revólveres.

—No tenemos tiempo, gracias.

—Mi almacén está en la casa de una mujer que iba a contraer matrimonio hace veinte años, y a la que asesinaron el mismo día de la boda. Dicen que lo hizo Clark. Su habitación está igual a como ella la dejó antes de irse para siempre.

Barry parpadeó.

—¿Lo hizo Clark?

—Eso aseguran.

—La historia me interesa, amigo. Vamos allá.

Fueron a la casa que había sido de Sheila Marión, la cual continuaba igual, pero estaba muy descuidada y producía un efecto de infinita tristeza. Los muebles de la habitación se conservaban intactos y en el mismo lugar donde ella los dejó para siempre. Había una gran cómoda con una vela sobre un encaje de puntillas. La cama estaba hecha. En el resto de la habitación, sin embargo, se amontonaban los cachivaches, que iban desde una sartén a un rifle de los empleados por los primeros colonizadores.

—Todo esto a cambio de sus revólveres —gruñó el vejete.

—¿La vela y todo?

—¡Claro! La vela también. No sé por qué se han fijado en ella. Ni recordaba que existía.

—Es que es muy bonita.

—Pues, desde luego, la vela va incluida. Y la ropa que hay en la cómoda, una maravillosa ropa de ajuar de novia que no ha sido tocada desde hace veinte años. A la mujer con la que usted se case, le gustará.

Barry desenfundó uno de sus *Colt*, poniéndolo en manos del vejete.

—La historia de esta habitación me interesa, y por tanto me interesa también el trato. Ahí va uno de mis *Colt*, como prueba del compromiso. El otro se lo entregará una mujer si seguimos vivos después de liquidar a la banda de Clark.

—¿Qué mujer?

—Una que tiene figura de princesa. El *Colt* es para ella, puesto que a ella le corresponde el privilegio de matar personalmente a Clark. ¿Me deja antes ver todo esto?

—¿Cómo no?

Barry examinó distraídamente la vela y abrió uno de los cajones de la cómoda, sin que hiciese la menor expresión de interés en su

rostro.

Luego dijo:

—Vamos.

Se dirigieron a la puerta de la pequeña habitación, pero no llegaron a salir por ella.

Una voz susurró:

—¿Me buscaban?

Barry y sus acompañantes, que no miraban hacia la puerta, quedaron como petrificados al ver la figura que se recortaba en ésta. El joven, sobre todo, sintió que se le secaba la garganta.

Porque en el umbral de aquella puerta se recortaba la figura de una mujer. Una mujer de distinción exquisita, bien vestida, cuya figura tenía una belleza soberana.

Lástima que su rostro no pudiera verse.

Porque aquella mujer lo llevaba completamente cubierto con un espeso velo.

CAPÍTULO XII

—¿Me buscaban? —repitió.

Barry no estaba seguro de reconocer su voz al cabo de tanto tiempo.

Y aunque quiso tener seguridad, no pudo evitar que sus palabras sonaran algo temblorosas cuando preguntó:

—¿Por qué no te alzas el velo?

—Eso es imposible ahora…

—Isabel… Si crees que porque tu rostro haya sufrido yo puedo dejar de sentir lo mismo por ti, estás equivocada. Te he querido y te seguiré queriendo aunque tu rostro ya no sea el mismo. Puedes descubrirte con la mayor tranquilidad. No advertirás nada en mis ojos.

Ella hizo un gesto suave, como asintiendo.

Se llevó la mano derecha al velo y empezó a alzarlo muy lentamente.

Barry, a pesar de su imposibilidad, a pesar de que quería mantenerse sereno, tragó saliva angustiosamente.

Esperaba ver un rostro destruido completamente por las llamas, convertido en una masa negruzca que sólo podría inspirar compasión y horror.

Pero cuando el velo se alzó del todo, con un último y rápido movimiento, estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque aquel rostro estaba intacto y era bellísimo, pero no pertenecía a Isabel, sino a otra mujer. ¡Una mujer desconocida!

Barry Sheldon no tuvo tiempo de desanimarse pensando que se había equivocado al seguir desde el principio una pista falsa.

No tuvo tiempo porque en aquel instante sonó un disparo, y la bala pasó junto a su cabeza después de penetrar desde la calle a

través de la puerta abierta.

Clark no había perdido el tiempo, y como sus nuevos enemigos no habían tenido el menor inconveniente en exhibirse por la población, ahora el cerco estaba montado. Siete pistoleros y el propio Clark, armados con rifles, rodearon la casa.

Dos de ellos se lanzaron al asalto, aprovechando la sorpresa, para coser a balazos desde cerca a los sitiados.

Pero no llegaron a su destino.

Alguien disparó con *Colt* desde una ventana próxima, y los dos hombres parecieron ser detenidos en su camino por una mano invisible. El primero se llevó las manos al pecho y cayó de rodillas, mientras sus dedos se teñían de sangre. El segundo dio una vuelta sobre sí mismo, como si bailara, y se desplomó con un gesto que incluso en el primer momento pareció gracioso. Pero al caer de bruces se vio que una bala le había atravesado la nuca.

Barry hizo un gesto de incredulidad.

¿Quién diablos le ayudaba?

Holmes y Bass estaban con él y ni siquiera habían tenido tiempo de moverse. ¿Quién podía estar, pues, a su favor en aquella ciudad donde no conocía a nadie?

Pronto salió de dudas, pero entonces su garganta emitió un ronco grito de asombro.

¡Porque la que acababa de disparar contra los hombres de Clark desde una ventana era la propia Isabel! ¡Isabel Sturges, cuyo rostro permanecía intacto! ¡Tan intacto, tan puro y tan hermoso como el día en que la conoció!

Dos balas de rifle obligaron a la muchacha a parapetarse inmediatamente. Incluso en el primer momento dio la sensación de que había sido herida.

Barry, aprovechando el momento, dio un empujón a la desconocida y al anticuario y los arrojó fuera de allí. No quería que ellos se vieran envueltos también en un cerco en el que seguramente perderían la piel. Bass, Holmes y él quedaron encerrados.

La mujer y el anticuario se pusieron inmediatamente a salvo gateando sobre las tablas del porche, aunque algunas balas disparadas sin precisión estuvieron a punto de alcanzarles.

Barry hizo entonces un gesto a sus amigos.

—Bueno, muchachos, vamos a tener trabajo. Nos han acorralado, y ahora el trabajo será para salir de aquí.

—¡Pero te has portado como un imbécil! —Gruñó Bass—. ¡Ellos se han desorientado hace un momento y hemos podido salir! ¡Hemos podido salir igual que la chica y el vejestorio!

Barry aconsejó:

—Pegaos a las paredes y a ambos lados de la puerta. Esos tipos disparan con rifle, y sólo un rebote de bala os puede enviar al infierno.

—¿Pero por qué nos hemos quedado aquí? ¡Sólo podemos tirar a través de la puerta y exponiéndonos a que nos cacen! —gritó Bass —. ¿No te has dado cuenta de que esto es una ratonera?

—Por el momento —dijo Barry tranquilamente—, os confesaré que me interesa permanecer aquí.

—¿Pero por qué? ¡Habla, en nombre de los bigotes de mi padre! —aulló Bass—. ¿Por qué?

—En la época de tu padre no se había inventado todavía los bigotes —farfulló Holmes.

Bass fue a contestar, pero en ese momento una bala, clavándose en la pared junto a su cabeza, le dejó sin respiración.

Barry encendió con toda tranquilidad un cigarrillo.

—¿Pero estás loco? —Gruñó Holmes—. ¿Qué es lo que buscas? ¿Qué te lo partan de un balazo y de paso te dejen sin boca?

—Eso no me preocupa —dijo Barry con una sonrisa.

Y ante el gesto atónito de sus amigos encendió también la vela que había sobre la cómoda.

—Nooo… —Gruñó Bass, incrédulo—. No me digas que encima vamos a tener que salir de aquí con la velita en la mano, nene.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Holmes, más sereno.

—Tengo la curiosidad de saber lo que dura una vela de ésas.

—¿Y a ti qué te importa?

—Ya os lo he dicho. Simple curiosidad.

—¡Pero si eso es ridículo! ¡Vamos! ¡Tú te has vuelto loco!

—Sacad vuestros revólveres y no os preocupéis más que de vender cara vuestra piel. Si nos liquidan, tenemos vela para el funeral y todo. ¿Qué más se puede pedir?

Bass se encogió de hombros, se dejó caer de rodillas e hizo dos disparos desde un costado de la puerta. Pero como no veía apenas,

estuvo a punto de matar un caballo desbocado que en aquel momento atravesaba la calle.

Barry aconsejó:

—No malgastéis las municiones. Ellos son ahora siete hombres, si no he contado mal, y pueden aprovisionarse. Nosotros, en cambio, no podremos reponer ni una bala. Disparad sólo cuando uno de esos granujas levante la cabeza.

Clark, entretanto, daba instrucciones a sus hombres:

—Ellos no pueden moverse de ahí. Están en muy mal sitio. ¡Ni que lo hubieran buscado a propósito los imbéciles! En cuanto a esa mujer…

—No lo entiendo —bisbiseó uno de sus pistoleros—. No la había visto nunca en la ciudad. ¡Ni que hubiera salido del infierno!

Otro gruñó:

—Es demasiado bonita para haber salido de un sitio así.

—De todos modos tiene que ser eliminada —dijo Clark con voz tensa—. Ha matado a dos de mis hombres y eso yo no lo perdono nunca. Vosotros dos os encargáis de ella. No disparéis hasta que cometa una imprudencia. Seguro que cometerá alguna imprudencia y entonces… Entended bien que no la quiero herida. Disparadle a la cabeza.

Miró a sus restantes hombres.

—Vosotros cuatro me apoyaréis a mí. Nos iremos acercando hasta esa puerta y…

Lanzó una breve carcajada mientras señalaba uno de los bolsillos de su cazadora de piel.

Todos sabían lo que Clark llevaba siempre allí. Un cartucho de pólvora con una mecha corta. Lanzando aquello al interior de una habitación, todos los que estuvieran en ella volarían o al menos quedarían lo bastante aturdidos para que luego se les pudiera rematar con revólver sin que ofreciesen resistencia.

Todo consistía en acercarse a la puerta lo bastante para poder lanzar el cartucho.

—Si me apoyáis con vuestros rifles, llegaré fácilmente —dijo Clark—. Id disparando de forma que ésos no puedan asomarse.

Los cuatro hombres designados para esta tarea, apuntaron con sus rifles y fueron disparando alternativamente, de modo que ni un ángulo de la puerta quedase sin batir.

Clark, mientras tanto, se fue arrastrando poco a poco, como una serpiente, por el polvo de la calle.

En el interior, Barry Sheldon pareció ir contando los disparos que se hacían contra ellos.

—No tiran a matar —dijo al cabo de unos instantes—. Simplemente están cubriendo a alguien.

—¿Quieres decir que alguien se acerca? —preguntó Bass alzando de pronto la cabeza.

—Sí, pero deben de ser como máximo una o dos personas, porque son bastantes los que tiran con rifle. Y cuando alguien se acerca solo a un lugar donde hay gente sitiada, ya se sabe lo que va a hacer.

—¿Qué? —preguntó Holmes.

—Nos van a largar un cartucho.

Los dos amigos de Barry palidecieron intensamente, mientras sus manos se crispaban sobre los revólveres.

—Oye —gruñó Holmes—, ¿y qué piensas hacer? ¡Tenía razón Bass al decir que nos habías metido en una ratonera!

—¡Y esa velita encendida ahí! —Gruñó el vejete—. ¡Nada, que me da la impresión de que estoy en mi propio funeral! ¡La mar de divertido!

Barry pidió:

—¡Silencio!

En los intervalos entre disparo y disparo, el joven acababa de oír un roce. Era el roce de un cuerpo humano al encaramarse poco a poco a las tablas de un porche. Desde la situación en que su enemigo estaba ahora, podía seguramente lanzar el cartucho.

Tragó saliva.

Durante los últimos minutos, mientras sus enemigos cubrían el avance, se había estado dando cuenta de que dos disparaban contra un lado de la puerta y dos contra otro. Como lo hacían por turno, resultaba que un lado de la puerta estaba sin batir durante cerca de diez segundos. Hacía falta mucha serenidad para darse cuenta de eso, pero la serenidad era lo último que perdía Barry.

De modo que decidió actuar.

—¡Cuidado! —gritó la voz de Isabel desde el otro lado de la calle—. ¡Van a tirar un cartucho contra la puerta!

La muchacha debía de haber alzado la cabeza para decir eso e

inmediatamente dos rifles crepitaron.

—¡No te muevas! —gritó Barry—. ¡Por Dios, no te muevas!

Los dos hombres encargados de eliminar a la muchacha tiraban ahora rabiosamente. Los otros cuatro seguían inalterables su letanía de disparos contra la puerta.

Barry contó los disparos. Dos contra la parte derecha. Iba a quedar momentáneamente libre la parte izquierda de la puerta.

¡Ahora!

Pegado al suelo, apoyándose en un hombro, sacó el brazo armado y parte de la cabeza. Vio a cinco pasos a Clark, que acababa de encender la mecha del cartucho.

—¡Maldito…!

Era Clark el que había gritado, creyendo que Barry iba a disparar. Pero Barry no había perdido la serenidad. Comprendió que si no mataba instantáneamente a su enemigo, éste aún tendría fuerzas para arrojar el cartucho contra la puerta.

De modo que disparó contra el propio cartucho y lo partió en dos. Clark se quedó aullando, teniendo en la mano una especie de cigarro puro que no servía para nada.

Barry dio inmediatamente una vuelta sobre sí mismo, mientras las balas de dos rifles iniciaban su macabro viaje. Una le arrancó media oreja y la otra le segó cabellos de la cabeza.

—Pues sí que voy a estar guapo… —Gruñó Barry.

Sus cuatro enemigos disparaban ahora rabiosamente, batiendo todos los ángulos.

Incluso los dos que vigilaban a Isabel habían vuelto ahora sus rifles contra la puerta.

La muchacha, sin perder su elegancia ni su apostura de princesa, sacó un momento la cabeza por encima del alféizar de la ventana.

Uno de los pistoleros se volvió hacia ella. Sus músculos se crisparon al apretar el gatillo del rifle.

La bala atravesó la cabeza del pistolero, que quedó encogido y hecho un ovillo en el centro de la calle.

Barry aprovechó el momento de confusión para gritar:

—¡No te arriesgues más, Isabel! ¡No seas loca!

Bass gruñó:

—Pregúntale qué diablos ocurrió en su rancho.

La frase del viejo se había producido en un rarísimo intervalo de

dos disparos, y la muchacha pudo oírla.

—¡Yo no estaba allí! —gritó—. ¡Me encontraba lejos, dando una vuelta a caballo por los límites del rancho!

—¿Quién era la muerta? Porque al menos una mujer murió. Vi trozos calcinados de un vestido tuyo…

A pesar de los disparos, las voces podían oírse de un lado a otro de la calle.

—La muerta era una amiga mía que pasaba una temporada en el rancho —dijo Isabel desde su escondite—. Usaba mis vestidos… Y esos perros hicieron que muriera…

—¿Pero por qué viniste aquí?

—Necesitaba advertir a su madre, a la señora Slum. He estado viviendo hasta ahora en su casa.

Barry tenía el rostro lleno de sangre, pero no sentía dolor. En voz muy alta preguntó:

—¿Y el velo? ¿Por qué ese capricho del velo negro?

—No quería que nadie me reconociese. Clark me hubiera perseguido con ahínco si llega a saber que quedaban testigos de su hazaña. Y al mismo tiempo deseaba dejar una pista para que tú vinieras en mi busca, Barry. ¡Sabía que lo del velo te intrigaría lo bastante para hacerte recorrer todo el Oeste, si era necesario!

Las balas penetraban en la habitación desde todos los ángulos, pero no alcanzaban a ninguno de los hombres acorralados porque éstos no se movían ni ofrecían el menor blanco, aunque tampoco podían defenderse. Clark rabioso, estaba vaciando a tres yardas escasas de la puerta el tambor de su revólver.

—¿Y la muchacha que acaba de venir aquí cubierta con un velo? —gritó Barry—. ¿Quién era?

—Una amiga. Una muchacha a la que los hombres de Clark quisieron ya ofender el primer día de su llegada a la población. Se ha ofrecido para desorientarles mientras yo tomaba posiciones frente a la casa. ¿Le ha ocurrido algo?

—¡Nada! —gritó Barry—. ¡Pero te aseguro que nos va a ocurrir a nosotros!

Efectivamente, la situación ya no podía soportarse más. Los hombres de Clark estaban materialmente encima. Las balas de sus rifles pesados estaban haciendo añicos incluso la propia pared.

Y la vela seguía ardiendo.

—¡Hasta a mí me empieza a poner nervioso! —gritó Holmes—. ¿Qué cuerno hace ese cirio de funeral en un sitio como éste?

—Espero a que se apague —dijo tranquilamente Barry.

—¡Lo que sucede es que tú te has vuelto idiota!

—Tal vez.

Los hombres de Clark, mientras tanto, se disponían para un asalto en regla. Ahora era sólo uno el que tenía a raya a la muchacha. Los otros cuatro y el propio Clark estaban a pocas yardas de la puerta, convirtiendo el interior en un infierno.

Clark hizo una seña.

—Soltad los rifles —dijo—. Ahora los revólveres y los puñales.

Todos obedecieron. Se produjo entonces un instante de silencio, que Barry aprovechó para situarse con sus dos amigos en el fondo de la habitación.

—Van a entrar —dijo—. Cuando entren ellos, nosotros saldremos con toda la velocidad posible y procuraremos chocar más allá de la puerta. Va a ser un cuerpo a cuerpo.

Notó con una sola ojeada que ni Bass ni Holmes tenían miedo. Sin embargo, estaban como obsesionados mirando la vela a punto de extinguirse. Parecía como si pensasen que al extinguirse la vela se extinguirían también sus vidas.

Barry gritó:

—¡Ahora!

Armados de revólveres y cuchillos, cinco hombres se habían lanzado al asalto de la pequeña habitación. Esperaban encontrar acurrucados a sus enemigos, y por eso lanzaron al unísono un grito de sorpresa cuando los vieron pasan al ataque también.

Barry y sus amigos aprovecharon aquella sorpresa y gozaron de la iniciativa durante un par de segundos. Fue suficiente.

Todos los que habían entrado recibieron plomo en sus corazones o sus cabezas antes de tener tiempo para saber qué ocurriría. El hombre que vigilaba la ventana de Isabel volvió un poco la cabeza y eso le resultó fatal. La muchacha disparó al centro del corazón una de sus últimas balas.

Sólo Clark, que había sido el último en entrar, quedó vivo. Aullando de terror, se pegó a un lado de la pared, mientras Barry y sus amigos, llevados de su propio impulso, salían.

Clark disparó entonces, pero sin poder alcanzar a nadie, porque

una bala de Isabel, disparada desde el otro lado de la calle, le rozó, produciéndole un calambre. Clark se dio cuenta de que Barry, de un momento a otro, se volvería hacia él.

No tenía otro remedio que ocultarse no podía hacer más que emplear el mismo refugio que hasta entonces había servido para sus enemigos.

Entró allí sin dejar de hacer fuego, y lanzando al mismo tiempo un grito de triunfo, porque podría alcanzar a sus enemigos por la espalda y en mitad de la calle, antes de que tuvieran tiempo para parapetarse.

De pronto, sus ojos vieron de soslayo aquella cómoda. Aquella vela que estaba extinguiéndose ya.

Volvió la cabeza.

No, no era cierto.

¡Absurdo, sencillamente absurdo!

Sin embargo, aquellos muebles… ¡Aquella habitación…! Bruscamente, Clark sintió como si volviera de golpe al pasado, como si las puertas de un infierno que creyó haber dejado atrás se abrieran de golpe ante sus ojos.

—¡No…! —aulló—. ¡Noooo…!

Fue a apagar la vela de un golpe, pero ya la mecha lenta había prendido la mecha fulminante.

Medio segundo más y…

Clark lanzó un aullido infrahumano, un alarido de fiera acorralada.

La explosión convirtió en pedazos su cuerpo e hizo volar la casa.

Epílogo

Cuatro jinetes trotaban poco a poco hacia el Sur, dejando atrás las llanuras de Colorado para internarse en las fragosidades del territorio de Nuevo México.

Los jinetes eran Holmes, el viejo Bass, que no había cesado de gruñir, Isabel y Barry Sheldon.

—¿Cómo supiste que aquello iba a estallar? —preguntó Holmes —. ¿Cómo diablos te diste cuenta de que la vela era en realidad una mecha?

—Abrí el cajón y me di cuenta de que olía a pólvora —explicó Barry—. Después de estar tantos años cerrado el olor era muy intenso. Entonces miré debajo de las ropas y comprendí lo sucedido.

—¡Diablos! ¡Pero la vela podía haberse consumido estando nosotros allí! ¡También tiene gracia…!

—Clark y sus hombres querían entrar —sonrió el joven—. Y todo consistía en ser amable y darles ese capricho… precisamente cuando la vela estuviera a punto de consumirse.

—Pero un segundo más…

—Todo juego tiene su riesgo —dijo Barry—. Parece mentira que no sepáis eso.

—No hables de juegos. Ahora no tendrás que tocar los naipes más, amor mío —susurró Isabel—. Tus amigos me han contado que conseguiste una pequeña fortuna.

—¿Y… no te han dicho nada más?

—¿Qué habían de decirme?

Barry quiso acariciarse dubitativamente una oreja, pero se dio cuenta de que la tenía medio rota y retiró la mano con un gesto de dolor.

—Di… ¿Qué es lo que tenían que explicarme?

—Pues… ¡que tuve que pagarle todo mi dinero al dueño de la casa para indemnizarle por la voladura! ¡No tenemos ni un centavo, amigos! ¡Estamos sin blanca…!

Bass y Holmes echaron una maldición.

Barry tuvo que espolear su caballo para evitar que le lanzaran algo a la cabeza, pero Isabel espoleó el suyo también y le arrojó a la nuca un *Colt*.

—¡No lo tires! —pidió Barry lastimeramente—. ¡Aún nos hará falta, muchacha!

—¿Para qué? No quedan ya enemigos…

—¿Cómo que para qué? ¡Vamos a tener que venderlo!

Los cuatro lanzaron a la vez una carcajada.

Lentamente siguieron su camino hacia el Sur mientras el viejo Bass entonaba con voz cascada una canción vaquera.

FIN